

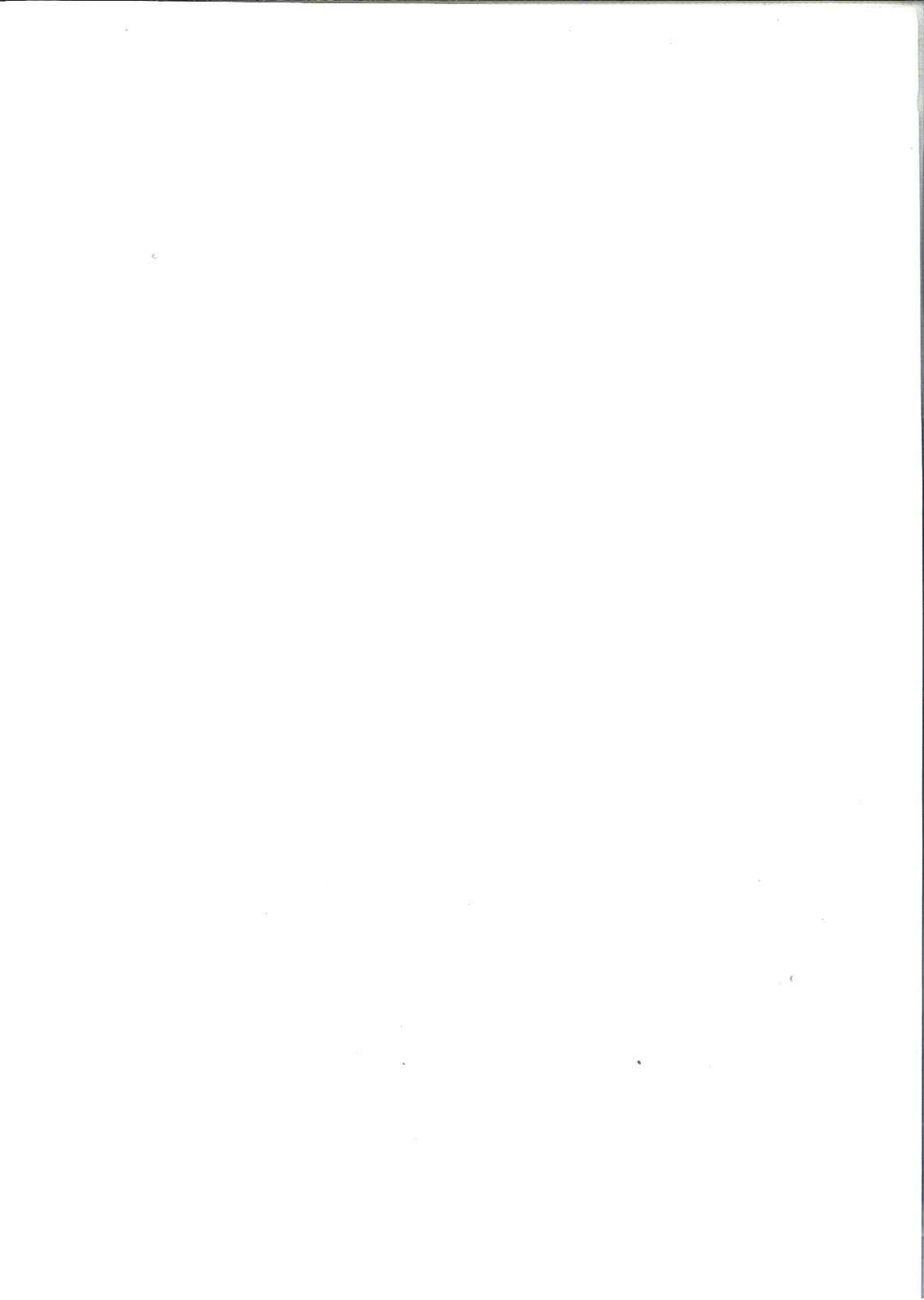
PILAR

PARIS



NATILLAS

NATILLAS



NATILLAS, NATILLAS

de

PILAR PARIS

Director: Gonzalo Suardiaz

AVISO: Los derechos de esta obra están protegidos por la Ley de Propiedad Intelectual. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, television o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales o de aficionados. Si usted desea adquirir los derechos puede escribir o llamar a nuestra editorial.

Diseño Portada: PILAR PARIS

© PILAR PARIS

© EDITORIAL LA AVISPA, S.L.

C/ San Mateo, 30 - 28004 MADRID

Tel. y Fax.: 91 391 50 99

<http://www.laavispa.com>

ISBN: 84 - 95489 - 19 - 8

Depósito Legal: GU: 525/2000

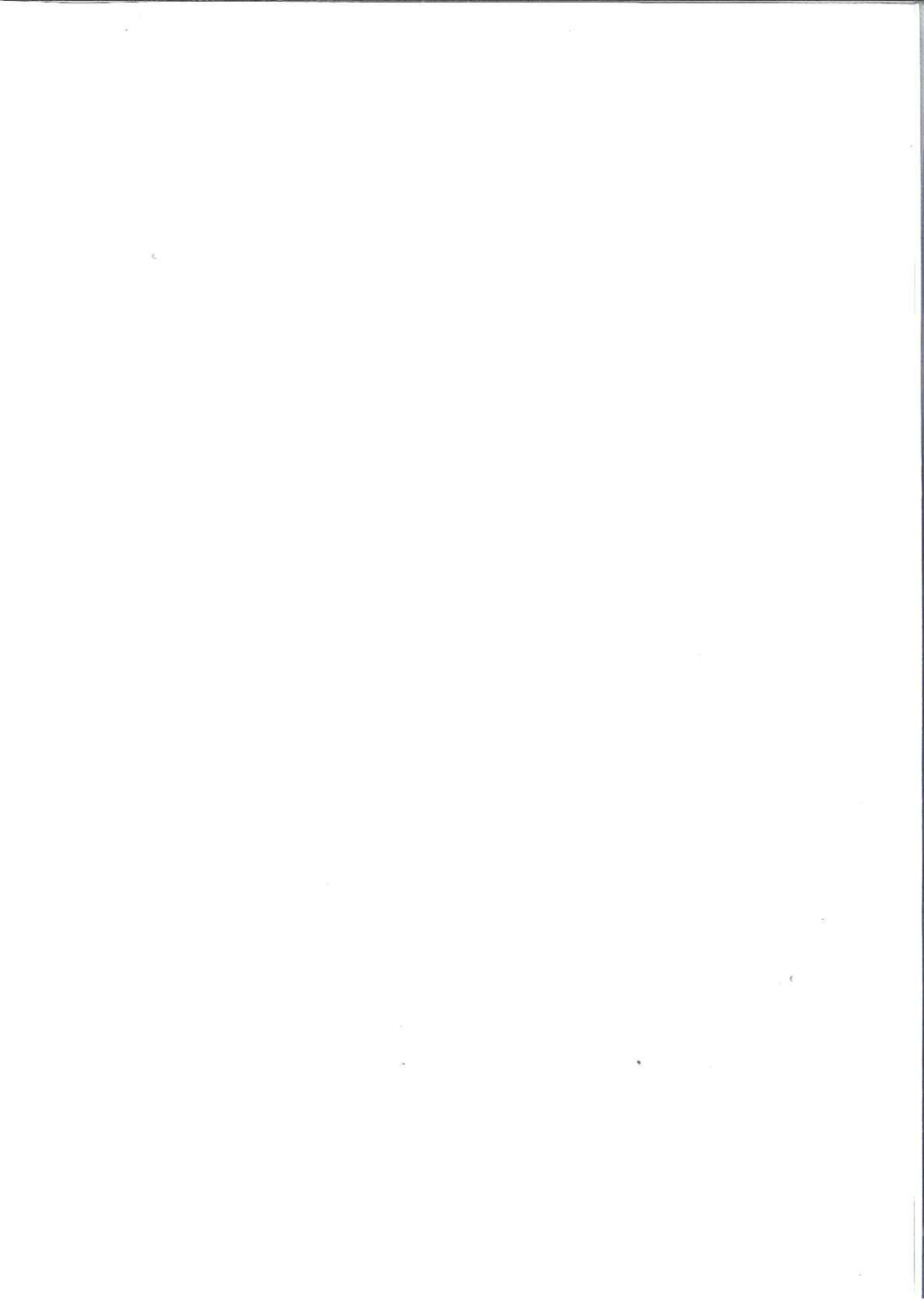
Impreso en España - Printed in Spain

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni por su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Dedicado a Juana Castro escritora amiga que me envía sus hermosos versos desde la bella ciudad de Barcelona, con toda ternura.

Y a todos los compañeros de la Tertulia del Ateneo, que me hicieron pasar ratos tan inolvidables, acudiendo todos los martes a los recitales de la Sala Amadeus de Madrid.

Con mi agradecimiento



SOBRE LA COMEDIA INFANTIL ESCRITA POR PILAR PARIS "NATILLAS, NATILLAS"

Que el lector a lectora, pequeños y grandes, con mirada divertida y carácter de aventura y con gusto por los libros novedosos y atrevidos pueden encontrar en este libro el reflejo exacto de un fuego y catarata de energía admirables.

Menos mal que todavía hacemos los humanos esfuerzos por mantener nuestra materia gris viva y no embrutecerla.

Pueden sencillamente remontarse a su infancia. Y tu niña y tu niño vivir este relato lleno de acción y suspense, igual que cuando te sientas delante de un televisor en tu casita comiendo tus natillas preferidas.

La autora conocida con el nombre de Pilar Paris, escribe además preciosos poemas que podemos leer en "Te quiero Blanco, blanco". Pilar Paris aborrece la rutina y lucha consigo misma en un afán de superación constante. A mí me tiene en el bote. Consigue convencer y hacernos creer los personajes cosa muy difícil, quizás la ayuda su genial y fabulosa faceta de actriz. Es sincera, maneja muy bien la inteligencia y la lógica y sobre todo es muy espontánea y como ella dice: "Me encanta charlar, comunicarme, pero me gusta la sencillez".

Pilar Paris quiere encontrar su equilibrio de fuerzas. Me atrevo a decir que puede ser una muy especial guionista para TV., CINE, etc...

Lali aparece valiente protegiendo con un sentido de la independencia a sus visitantes extraterrestres, tiene todo un trasfondo muy real y creíble. "Qué luz más bonita". (Lali)

Esta comedia es amena de seguir. Es un calidoscopio de acciones, imágenes e intenciones que puede todavía seguir moviéndose... delicadamente... y que necesita de otros ojos... y lo más importante EL TALISMÁN... y unas natillas, pero no unas cualquiera... ¡NATILLAS! ¡NATILLAS!

Un ladrón puede robarte la idea, una niña llorar... si le hacen daño. Un extraterrestre decirme que no le conozco lo suficiente para escri-

bir sobre él... y yo quedarme en la duda de decir cosas que sean perfume y confetis.

Lo que te falte, lo encontrarás tu querida Pilar, lo que ya tienes lo sabes dar con humildad, lo que sufres lo conviertes en poesía y arte. Tendrás un espacio para tu literatura, no hay motivos para que no reposes tus alas y respires profundamente sin que nada estorbe tu mente.

En mi tarea de construir un prólogo que se ajuste a la esfera de lo sensible, tenía que conocerte un poco más, yo no paso de ti porque eres una artista increíble, con una marcada personalidad, auténtica "magia" y vitalidad.

Que tengas mucho éxito con estos cuentos y con lo que venga después.

No quiero dejarme nada, para terminar, hay que valorar la modernidad y actualidad de los personajes que maneja Pilar Paris, no es fácil conseguir de un cuento hacernos ver unos dibujos animados en nuestra cabeza, y no sería de extrañar que alguien se lance a hacer una animación en 3D con "Natillas, Natillas". Un video puede acompañar este relato.

Sandra Milhaud

Lali se había pasado el día oyendo hablar a su hermano Raúl y a sus amigos de los extraterrestres. Ella prestó mucha atención, porque aquello le pareció de lo más apasionante. Fíjate, que en las estrellas allí arriba, en lo más alto del cielo, hubiese otras gentes...

Su hermano Raúl, cuando estaban solos, charlaba y jugaba con ella pero siempre en plan mandón. Lali tenía seis años y Raúl diez y el haber nacido cuatro años antes le daba mucha autoridad. Bueno, eso es lo que él decía... porque los vecinos de al lado tenían dos hijos, Sonia y Bertin. Sonia de ocho años y Bertin de cinco y ahí mandaba él por ser el chiquitito de la casa... O sea, que como quiere que fuera, siempre mandaban los chicos. ¡Jo! ¡Qué frescos...!

Así que cuando venían los amigos de su hermano, se sentaba lo más cerquita que podía y aprendía muchas cosas escuchándoles. Lo malo es cuando daba su opinión sobre cualquier cosa, porque ella era lista y todo lo entendía a la primera, enseguida su hermano Raúl la mandaba callar, no dejándola meter baza... ¡Hay que ver qué rabia...! Con lo bonito que era hablar de las estrellas.

Ahora estaba cansada. Había sido un día muy largo. Los amigos de Raúl se fueron una hora después de merendar y Javi el más simpático de todos le dio un beso al marcharse. Los otros eran como su hermano, no la prestaban mucha atención... Total, por ser cuatro o cinco años más pequeña que ellos. Sin embargo, cuando hablaban de novias, bien que les gustaban las grandotas, —que ella se enteraba de todo—. ¿Haber, por qué no me podían gustar ellos a mí...? ¡Por esa regla de tres...! ¡Ay qué rabia! ¡Cómo me gustaría tener diez años...!

Lali antes de acostarse se asoma a la ventana. Apoya sus bracitos en el alféizar y se queda extasiada contemplando los bellísimos destellos de aquellos otros mundos que puede que estén habitados.

Si estáis habitados... ¡Me gustaría conocerlos! Mi hermano dice que sois feísimos, con las orejas muy grandes, patosos y verdes... ¡Pero si nunca os ha visto, cómo puede decir eso...! Yo... ¡Fíjate...! Pienso que si estáis tan cerca del cielo, tenéis que ser hermosos como los ángeles y a lo mejor hasta brilláis. ¡Me encantaría veros, aunque sólo fuera un ratito!

Lali les mandó un beso y agitando su manita como despidiéndose de las estrellas, se alejó de la ventana para meterse en su cama.

—¡Apaga la luz Lali! —Oye decir a su mamá.

—¡Es una miedica! ¡Es una miedica! —Dice Raúl desde su habitación.

Lali obediente la apaga. Se arrebujaba entre las sabanas sin dejar de pensar en los extraterrestres y en todo lo que ha escuchado esta tarde sobre su aspecto. Le encantaría que fuesen guapos sólo por dar en las narices a aquellos sabiondos... ¡Mira que llamarla miedica...! A ella... ¡Precisamente a ella!

La niña, poquito a poco se fue adormeciendo, perdió la noción del tiempo hasta que algo le hizo abrir los ojos de repente. Una intensísima y maravillosa luz violeta, inundaba cada rincón de su habitación. No se asustó. Había algo mágico pero tierno, que se metía dentro del corazón y se sintió tan bien como cuando mamá la estrechaba entre sus brazos.

¡Qué luz más bonita! En nada se parecía a la de su lamparita de noche. De pronto al mirar a su armario, sus ojos, sorprendidos, se toparon con dos personajes fantásticos e insólitos con una apariencia deslumbrante.

—¿Tú Lali... verdad? —Preguntaron al unísono—, y Lali boquiabierta asintió con la cabeza.

—¿Tú... amiga nuestra...? —Lali volvió a asentir, mientras recuperaba la voz—. Ellos extendieron sus manos hacia ella, diferentes pero hermosos y le ofrecieron algo que la pequeña no se atrevió a coger.

—¡Cójelo! ¡Tuyo!

Por fin ella se decidió y tomó en sus manitas aquel objeto puntiagudo y brillante tan extraño. Nada más tocarlo algo inundó su interior y comprendió que nada tenía que temer.

—¿De verdad sois los habitantes de las Estrellas...? ¿Es que podéis oírnos desde allí...? Yo deseaba tanto conoceros... Cuando os vea mi hermano y sus amigos, no se lo van a creer... Toda la tarde han estado diciendo que os arrastraban las orejas y que erais largiruchos... ¡Tengo que llamar a mi mamá!

—¡No! Los mayores no entender. Nosotros perdidos aquí en tu mundo... Jugando, jugando, apretamos botón nave y siiffffff..., vueltas y vueltas por el Universo, sin saber donde ir hasta oír tu llamada.

—¡Tú querer vernos! Tú pequeña amiga... Nosotros también pequeños. Miedo a los grandotes... Ellos no entender... ¡Nosotros hambre! ¡Hambre, hambre...! Y abrieron sus boquitas luminosas en forma de o.

Lali no sabía qué hacer. Siempre que tenía una duda consultaba con mamá, pero ahora tendría que apañárselas sola en vista de la carita que le ponían sus amigos extraterrestres.

Yo sólo tengo seis años y no sé guisar, porque no llego a la cocina. Mi mamá me dice que me puedo quemar, pero si queréis nos han quedado natillas y las puedo coger del frigorífico... ¿Vale...? ¿Os gustan las natillas...? Oye.. ¿Y cómo os llamáis...? ¿Y por qué vosotros conocéis mi nombre si no me habíais visto antes?

—¡Primero natillas! —Dicen con ojos implorantes—. ¡Hambre...! ¡Hambre...! ¡Tripita llena, luego hablar!

Lali duda un instante, entonces el más pequeño dice:

—Yo Saava. Este Olam. Tu frigorífico. ¡Natillas porfa!

¡Jolines! Pues sí que tenían hambre... Lali se acordó de aquel día en que rompió el jarrón de la abuela con la pelota y se quedó sin cenar por el disgusto y menudo ruido le hicieron las tripas toda la santa noche. Así que se puso en movimiento, pero antes de salir por la puerta, poniendo el dedito sobre su boca les pidió silencio, diciendo:

—¡Si no queréis que se entere mamá, esconderos y no os mováis que enseguida vuelvo. ¿Vale...?

Los dos movieron graciosamente la cabeza de un hombro a otro y cerraron por un instante sus hermosos ojos azules.

Lali caminó sigilosamente a lo largo del pasillo hasta llegar a la

escalera; bajó los escalones sin hacer ruido. Despacito... Despacito... Y una vez abajo, se dirigió a la cocina, hasta llegar al frigorífico. Lo abrió y tuvo que empinarse para alcanzar la fuente. Salió de la cocina sin hacer el menor ruido, con el corazón palpitándole de emoción. Y cuando por fin atravesó la puerta de su habitación, tuvo la sensación de haber tardado un siglo.

Saava y Olam se hicieron visibles como por arte de magia y sorbieron las natillas en un abrir y cerrar de ojos.

No sé qué tienen las natillas, que le gustan a todo el mundo. —Pensó Lali mientras las veía desaparecer—.

—¡Más natillas! ¿Eh...? ¡Más, más! Umm... Y cerraban los ojitos de puro gusto.

—¡Lo siento, no hay más! —Les dice ella encogiéndose de hombros.

—¡Si haber más! Tú coger y apretar fuerte nuestro Talismán... ¡Muchas natillas! ¡Ya verás!...

Lali toma de la cama, donde lo había depositado, el objeto que le ofrecieron Saava y Olam al aparecer y lo aprieta fuertemente entre sus manitas y al instante, como un milagro, el suelo de la habitación se llena de fuentes repletas del sustancioso postre.

Los ojos de sus amigos brillan de satisfacción y Lali perpleja y feliz, las ve desaparecer de los platos, mientras ellos se relamen satisfechos.

Después le explican a nuestra amiguita... —¡Nosotros venimos de un planeta muy adelantado! A todos nos dan al nacer este regalo que nos sirve en momentos de apuro y nos salvaguarda de peligros.

—¡Pero entonces... —Dice Lali—. Podéis lograr lo que queráis...!

—¡No! No podemos... —Le responden sus amigos—. ¡Nos hemos portado mal, haciendo algo prohibido y sólo tú puedes ayudarnos! Al dispararse la nave y salir de nuestro mundo hemos contravenido las leyes. Fue por jugar, pero no debimos hacerlo. Ahora nuestro padres nos estarán buscando y el Universo es enorme. Este Talismán sólo sirve cuando se es bueno y puro. Nosotros mientras no seamos perdonados, no podremos usarlo... Apriétalo fuerte junto a tu corazón y sabrás como ayudarnos.

Lali lo aprieta con todas sus fuerzas y siente como si una corriente misteriosa, saliera de la habitación camino de las estrellas pidiendo ayuda.

Al final los tres se quedan dormidos y la luz maravillosa se va difuminando lentamente por la habitación.

Ha amanecido un domingo precioso y se oye a mamá canturreando por toda la casa.

—¡Lali! ¡Lali, preciosa! ¿Es qué no piensas desayunar...?

Lali se incorpora y creé que todo fue un sueño al no ver por ningún lado a sus amigos. Pero al levantar la almohada descubre el Talismán y empieza a buscarles precipitadamente, temiendo que mamá les descubra. Al final les encuentra debajo de la cama, apretaditos entre sí y plácidamente dormidos.

Oye como mamá sube por la escalera y ante la falta de tiempo para despertarles, tira de la colcha hacia abajo para ocultarlos todo lo posible.

Mamá abre la puerta y lo primero que ven sus ojos, es la fuente vacía de natillas.

—¡Mira donde está la fuente...! Y yo buscándola por toda la casa. ¿No me digas que te las has comido todas...? Te pueden sentar mal. Luego te quejaras de la tripa... ¡Huy, que olor hay aquí! —Dice, mientras abre las ventanas. ¡Seguro que Raul te ha metido sus zapatos debajo de la cama...! —Y hace ademán de levantar la colcha—.

—¡No! ¡No mami! Ya he mirado yo antes y no había nada.

—¡Pues hay que ver, que olor más fuerte! Se diría que han dormido aquí toda la pandilla de tu hermano... ¡Serán las natillas...! Que sea la última vez que te subes comida por la noche. Si quieres algo me lo pides a mí... ¡Anda baja a desayunar mientras te cambio las sábanas!

—¡No! ¡No, mami por favor! Me encanta el dibujito de las sábanas. Déjamelas un día más... Son tan suavécitas... Y además para que veas que ya soy mayor, hoy quiero que me dejes ordenar la habitación... ¡Ya verás, ya verás, lo bien que me hago la cama yo solita...! Y Lali empuja a mamá hacía la puerta.

—¡Huy, huy, huy...! ¿Qué estarás tramando tú...? ¡La primera vez

que quieres ordenar tu cuarto sin que yo te lo mande! ¡Bueno!, haber si es verdad que lo dejas arregladito. Que por la tarde vendrán los abuelos...

Justo antes de salir, se fija en la almohada y se ve algo que asoma por ella. Lali se abalanza a cogerlo y mamá se lo quita de las manos.

—¿Y esto qué es...? —El Talismán, misteriosamente ha perdido su brillo y tiene una apariencia diferente—. ¡Es que recoges todo lo que te encuentras por ahí...! ¡Te tengo dicho que no cojas garrerías...! A saber lo que tendrás debajo de la cama...

Lali aprieta con fuerza el Talismán a espaldas de mamá y éste fulgura, justo en el momento en que ella levanta la colcha y mira debajo. La niña contiene la respiración y para su sorpresa no hay ni rastro de Saava y Olam. Respira aliviada, mientras oculta el objeto entre sus manitas.

Por fin mamá sale de la habitación y Lali vuelve a presionar la piedra, buscando a sus amigos. Están bajo la cama, ahora despiertos y la pequeña les explica todo lo sucedido.

—¡Ahora tengo que bajar a desayunar para que mamá no sospeche! Luego subiré a arreglar mi habitación y me quedaré con vosotros hasta la hora de comer. Lali se pone unos pantaloncitos que tienen bolsillo y guarda allí su Talismán. Antes de irse les manda un beso desde la puerta y baja las escaleras a toda prisa.

Ocupa su asiento en el comedor, al lado de su hermano. Raúl como siempre le tira del pelo y la llama enana. Papá de improviso dice que sale de viaje, como viene haciendo los últimos domingos. Lali se da cuenta de que mamá se pone repentinamente triste y se acuerda del Talismán. Si ella pudiese hacer algo... Cuando papá se levanta de la mesa ella le sigue hasta la habitación y papá algo molesto le dice:

—¡Vamos nena! ¡No me hagas perder tiempo! Tengo que ir al aeropuerto y he de vestirme rápido. El avión sale dentro de hora y media.

—¿Por qué no te quedas con mamá...? —Dice la niña—. Hoy vendrán los abuelos... ¡Anda papi! ¡Quédate...!

Papá mira a Lali un instante, como dudando, pero reacciona y sigue metiendo sus cosas en el maletín.

—¡Lali! ¡Lali! ¡No me hagas enfadar, que tengo prisa!

Papá se dispone a afeitarse, enchufa la maquinilla al tiempo que Lali introduce la mano en su bolsillo y aprieta el Talismán. Al hacerlo también junta los dientes fuertemente esperando el resultado y le queda una cara muy graciosa.

—¡Vaya hombre! ¿Qué pasa ahora, que no funciona esto? —Farfulla, mientras lo intenta de nuevo—. Busca en su neceser y encuentra una maquinilla de esas que usa mamá para afeitarse las piernas.

—¡Jolines...! Los sacrificios que hacen los mayores para gustarse... y luego no se gustan. —Piensa Lali.

Papá se enjabona mientras mira desesperado el reloj, y cómo no se puede estar a tantas cosas, —sigue pensando Lali—, pasa lo que tenía que pasar, se da un corte en la mejilla que no veas...

—¡Maldita sea! ¿Y cómo me presento así? —Dice enfadadísimo.

—¿A qué te tienes que presentar, papá? —Pregunta Lali inocente.

Papá le echa una mirada fulminante, mientras resopla... Y vuelve a cortarse. Al final termina con dos esparadrapos y una cara lamentable.

—¡Vamos niña, que tengo que vestirme! —Dice como enfadado consigo mismo.

Lali baja remolona y espera a papá impaciente, con una mano sobre el remate del pasamanos de la escalera y la otra en el bolsillo.

—¿Qué haces ahí parada? —Le pregunta mamá que llega en ese momento—. Lali sin dejar de mirar la escalera.

—¡Nada! Ver, cómo baja papá.

Raúl llega en ese momento y los tres ven como papá muy digno, descendiendo con su maletín en la mano, vistiendo la chaqueta del traje oscuro que tan bien le sienta, la corbata a juego que le regaló mamá, los calzoncillos de los carnavales, con topitos verde botella y las piernas peludas sin pantalones. Y para remate la cara con los esparadrapos. La sorpresa les hace abrir la boca y al final terminan riendo sin poderlo remediar.

—¡Bueno! ¿A qué vienen tantas risas?

Pero la mirada de los tres, fijas en sus piernas, le hacen bajar los

ojos y no da crédito a lo que ve. Tan seguro está de haberse puesto los pantalones.

Lali sabe ahora el poder que tiene entre sus manos. Recuerda de pronto a sus amigos que estarán preocupados y solos en la habitación y se va derecha al frigorífico.

Aprovecha que mamá y su hermano están pendientes de papá y coge todo lo que puede para que desayunen sus amiguitos. Pero tiene que subir por la misma escalera que ahora está ocupada por su familia y de pronto, decide que tiene que hacer algo. Presiona de nuevo el Talismán y cargada con las galletas, la leche y los crispis, atraviesa, sin acabar de creérselo, por entre su madre y hermano que han quedado como estatuas y se cruza con su papá, que parado en los escalones no la ve.

Entra en su cuarto y encuentra a Saava y Olam jugando con sus muñecos y entusiasmados con sus juguetes.

—¡Vamos daros prisa en desayunar! ¡Que si sube mamá, la habitación tiene que estar arreglada!

Olam y Saava miran decepcionados las galletas y clavan sus ojos azules en Lali.

—¿No... natillas...? —Ella les dice que las galletas con la leche están riquísimas y los Crispis también, pero que no hay natillas—. Ellos prueban las galletas y los cereales a puñados y con el cartón de leche se bañan antes que Lali pueda evitarlo. Se la echan de la cabeza a los pies, parecen ser muy felices. El suelo se pone hecho una porquería y como la niña se asusta al ver cómo está todo, ante el temor de que aparezca su mamá, ellos parecen entenderlo y cogiendo la colcha y las cortinas se secan precipitadamente. Os podéis imaginar cómo queda la habitación. El suelo con todos los muñecos desperdigados... Y de pronto la voz de Raúl llamando a Lali mientras sus pasos se acercan por el pasillo.

—¡Lali, Lali...! ¿Dónde estás...? Que se marcha papá... ¿No bajas a despedirle?

Lali corre hacia la puerta con intención de cerrarla y para ganar tiempo dice: —¡No! ¡Yo le quiero despedir desde la ventana!

Saava y Olam van y vienen, se chocan sin saber qué hacer, hasta que en el último instante optan por tirarse debajo de la cama... y justo entonces, se abre la puerta y aparece la cara de Raúl, que al ver tamaño desorden, da un silbada impresionante.

—¡Cáspita! Cuando vea mamá, cómo tienes la habitación... ¡Te la vas a ganar! —Dice con ánimo de incordiar—. Pero al ver la carita de su hermana, siente cierta compasión y se ofrece para ayudar a recoger. Lali se niega por temor a que encuentre a sus amigos y como puede, después de empujar a su hermano hacia el pasillo, logra cerrar la puerta, y cierra con llave.

En esto se oye cómo papá saca el coche del garage y precipitadamente asoma la carita por la ventana para decirle adiós.

—¡Adiós papi, adiós! ¡Ven pronto!... —Y agita su mano una y otra vez despidiéndose de él.

Saava y Olam que deben sentir nostalgia de sus padres, salen corriendo de debajo de la cama y llenos de curiosidad, se asoman haciendo cucos detrás de Lali.

Justo en este momento el padre levanta los ojos y en un acto reflejo, casi simultáneo, mira su reloj de pulsera preocupado por llegar a tiempo al aeropuerto. Pero al instante mira de nuevo a la ventana, pues juraría haber visto dos extraterrestres detrás de la cabeza de Lali. Saava y Olam se han retirado tan rápido, que el padre de Lali creó que ha visto visiones.

—¡Adiós nena, adiós! —Dice mientras piensa—. ¡Este dichoso viaje me está afectando. Pues, ¿no he creído ver... dos marcianos en la ventana...? ¡Creo que me estoy volviendo loco! Claro que peor ha sido lo de los pantalones... Anda que si llego al aeropuerto en calzoncillos...!

El coche arranca por fin. Lali respira aliviada y seguidamente, los tres amiguitos tratan de arreglar tanto estropicio, recogiendo lo que pueden a toda velocidad.

Abajo, mamá y Raúl también recogen la cocina.

—¡Oye Raúl! —Dice mamá extrañada—. ¿Dónde has puesto las galletas? ¿Y los Crispis...? Tampoco los veo. ¡Tantas galletas te pueden hacer daño! ¡Vamos... no puedes haberte comido todas!

—¿Por qué siempre tengo que ser yo...? Pregúntale a Lali, que menuda tiene la habitación. La niña —subraya— lo revuelve todo y a ella no le dices nada.

—¡Lali no puede haberse comido esa cantidad de...!

Mamá se interrumpe, porque le viene a la mente la fuente vacía de natillas y piensa en voz alta...

—¡A esta niña le tiene que estar pasando algo...! ¡Dios mío! ¡Con lo que me costaba hacerla comer...!

De pronto llaman a la puerta. Los amigos de Raúl hacen acto de presencia. Como es domingo y viven cerca, vienen a jugar con él. Javi viene disfrazado de marciano. Acaba de estrenar el traje. Viene muy gracioso con sus antenitas en la cabeza. Otro viene vestido de superman y el tercero, más gordito, como un auténtico vaquero.

—¡Bueno!, ¿aún estás así...? Ayer quedamos en disfrazarnos.

—Es que me he entretenido despidiendo a papá.—Explica Raúl—. ¡Vamos a mi cuarto! ¡Al ataque! —Y los cuatro en desbandada corren escaleras arriba atronando la casa.

Mamá se lleva las manos a la cabeza mientras exclama: —¡Ay Señor! ¡Qué día me espera!

Hace intención de arreglar la cocina, olvidada momentáneamente de Lali, cuando vuelve a sonar el timbre.

—¿Quién será ahora...? Mejor será dejar la puerta abierta. Al abrir ve a su madre en el portal. ¿Cómo llegas tan pronto mamá? ¿Y papá, donde está...? Os esperaba más tarde.

—¡Verás...! Papá tenía un asunto que arreglar, así que me ha dejado cerquita y se ha ido a lo suyo. ¡Luego vendrá! ¿Y los niños...? ¡No me lo digas! ¡Ya les oigo!

La abuela se va directa al salón, enciende la Tele y se acomoda en el mejor sitio.

—¡Lali, baja, que ya está aquí la abuela! —Grita Alicia—. Yo me voy a preparar la comida mamá, que luego se me junta todo.

A pesar de que la puerta está entreabierta, vuelve a sonar el timbre y el suspiro, que se le escapa, se oye hasta en Singapur.

—¡Pasa papá! No es necesario que llames.

—¡No! Si soy yo, Alicia hija. Tu vecina Doña Carlota.

—¡Pase, pase! —Dice tratando de ser amable.

No da tiempo a que la inviten, cuando la señora ya está camino del salón.

—¡Hija! —Dice Doña Carlota—. ¡Tenemos que hablar! ¡Estoy asustada! Habrás oído lo que han dicho por la televisión. Han visto un Ovni por esta zona. ¿Y qué creerás que he visto con mis propios ojos?

Alicia la corta, pues ya se sabe que Doña Carlota siempre está con sus historias, y se la coloca a su madre diplomáticamente.

—¡Bueno, tengo que empezar a hacer la comida!, la dejo con mi madre. ¿No la importa, verdad? ¡Mamá! Doña Carlota que te va a contar algo de extraterrestres, creo...

Y da media vuelta conteniendo la risa.

—¡Ah! ¿Pero Vd, también los ha visto? —Exclama la vecina, con los ojos como platos.

—¡Sí! ¡Acaba de subir uno por la escalera! —Responde Alicia—. ¡Ahora mismo está jugando con mi hijo Raúl! Y las deja encaminándose a la cocina.

—O sea... ¿que hay más? ¿Y cómo están tan tranquilas? —Se dirige a la madre de Alicia—. Yo he visto dos en la habitación de la niña. ¿No les estarán abduciendo?

—¡Calle, calle! —Dice la madre de Alicia, forofa de la televisión, que no se pierde ripio—. ¡Fíjese! Se acaban de fugar dos delincuentes peligrosos y van armados. ¡Eso! Eso sí que tiene peligro... ¡Con lo cerquita que estamos de la cárcel. ¡Dios mío! ¡Dónde vamos a parar! —Comenta más emocionada que preocupada.

—Pero, los extraterrestres... —Inicia Doña Carlota.

—¡Esos...! ¡Pobrecitos! Esos no causan problemas. Haber... ¿cuándo ha oído usted decir...? Herido por extraterrestre. Muerto al encontrarse con un marciano. ¡Todos vienen aquí a hacer el amor! ¡O es que no oye usted los programas de debate, mujer? ¡Hay que estar al día...! —Termina la madre de Alicia.

Mientras tanto en la habitación de Lali, los tres se afanan en colocar, como pueden, tanto desbarajuste. La pequeña ha oído a mamá

llamarla cuando llegó la abuela, pero no sabe cómo arreglar lo de la colcha y las cortinas. La solución podría ser el Talismán, pero mientras recogía los juguetes, se ha debido escurrir del bolsillo de su pantalón y todos a una lo están buscando desesperadamente.

En la alcoba de Raúl se oye gran alboroto. Se están preparando para bajar al jardín y Javi el que mejor se lleva con la niña, —porque se siente atraído por ella— le dice que va a ver a Lali. Raúl y los otros se ríen gastándole bromas, pero él ruborizado insiste en verla.

—Te esperamos abajo, jugando en el jardín. ¡No te entretengas!

Javi, cuando está delante de la puerta, gira sin más el pomo, como tantas otras veces y al abrirse ésta, lo primero que ve es a Lali con los brazos extendidos, tratando de ocultar los cuerpos de dos seres extraños pero hermosos, pequeños y azulados, que resplandecen con propia luz. Él los mira y no da crédito, embobado, sorprendido, pero curiosamente sin miedo.

Pasado el primer momento de confusión, Lali le explica que sus amigos están perdidos, que necesitan ayuda y le ruega guarde silencio, hasta ver si vienen sus padres a recogerlos o se les ocurre alguna solución.

Mientras ella le va contando su aventura, Saava y Olam, ya perdido el miedo, se van acercando, le tocan, le observan, le miran las orejas y al fin le demuestran su cariño y confianza.

—¿Tú... natillas? —Le preguntan ansiosos.

Javi se encoge de hombros sin comprender y Lali le cuenta, que es lo primero, que les dio de comer y que les encantaron, de tal modo, que no dejan de pedir las.

Acuerdan que ella ha de bajar a ver a la abuela para que no se extrañe y Javi promete acompañar a sus nuevos amigos hasta que Lali regrese. Mientras les pide que no dejen de buscar el Talismán.

Cierra la puerta despacito y baja directa al salón. Allí está la abuela Dora con la charlatana de Doña Carlota. Menuda combinación. La abuela la estruja, cuando la abraza, —de cariño, claro— y Doña Carlota la obliga a oír historias interminables, siempre rarísimas, porque cuando aparece por casa, mamá con la excusa de que tiene que preparar la comida, se la endosa a ella.

—¡Pase, pase al salón Doña Carlota! Ahí le dejo con los niños, que enseguida vengo... ¡Sí, sí, los niños! La primera vez Raúl aguantó la parrafada, pero a la segunda se escabulló con el rollo de estudiar... Pero ella, a ver qué puede hacer una niña indefensa, —mientras piensa, porque los peques pensamos—. ¡Dios mío! ¡Socorro! Esto ya me lo ha contado diez veces... ¡Ay, qué ganas tengo de crecer, para que no abusen de mí!

Pero no tiene más remedio que entrar y afrontar el peligro. Lali no se lo piensa más, irrumpe en el salón, saluda a doña Carlota y va derecha a los brazos de la abuela, temiéndose el estrujón, pero sabe que es inevitable. A sus amigas también les pasa. Los abuelos son otra cosa. Siempre te traen chucherías, no estrujan tanto pero no te escapas sin que te cuenten lo de la guerra. ¡Vamos que te sueltan la batallita! Bueno, eso lo dice mamá: —¡Papá, no la cuentes tus batallas, que Lali no entiende esas cosas! ¿No ves que es muy pequeña? Bueno, no soy tan pequeñita, ¡qué caray! Y me gusta saber que mi abuelo fue el más valiente de "toa" la guerra. ¡Pero una vez, no siempre que viene!

—¡Niña mía! —Me dice la abuela, mientras me abraza—. ¡Ay! ¡Qué alta está mi Lali! ¡Cómo crece de un día para otro!

Yo creo que se pasa. Porque yo me mido casi todos los días con el metro que tengo en mi cuarto y de un día para otro no cambia la medida. Pero yo le pongo cara de creerme que estoy altísima y a la abuela se la cae la baba.

Le doy un beso fuerte, —de los que suenan— que a ella le encantan y le digo que tengo que dejarla, que estoy arreglando mi habitación... Pero, sí, sí, menuda es ella... me aprieta más fuerte todavía y me obliga a ver la tele, que es su deporte favorito. Y yo allí temblando mientras pienso en Javi y en mis amigos.

—¿Habrán encontrado el Talismán? ¡Dios mío! Que lo encuentren que si no estamos perdidos.

De pronto veo la cara de Doña Carlota que se pone rarísima y sigo su mirada. Tiene los ojos fijos en la escalera por donde asoma la cara de Javi, que me está haciendo señas, de que suba, mientras habla bajito, haciendo bocina con las manos.

La abuela también mira, ve a Javi y no comprende porqué Doña Carlota se altera tanto.

—¡Mire, mire, como yo tenía razón! ¡Ahí lo tienen...! ¡Un marciano!

Javi al oírla, sube los escalones a toda prisa, mientras se le mueven las antenitas que lleva puestas en la cabeza. La verdad es que es un buen disfraz, parece de otro mundo. Doña Carlota asustadísima sigue diciendo...

—¡Dios mío! ¿Cuántos habrá...? Porque este es diferente. Los que yo he visto desde mi ventana, lucían como las bombillas.

—¡Vamos, Doña Carlota...! ¡No exagere! Son niños y están jugando a disfrazarse.

—¡Sí, sí... disfrazarse! ¡Niña, dile los que tienes en tu habitación!

Yo me sobresalto. O sea, que sabe todo... Y habrá venido a contarlo. ¡Menos mal que la abuela no la cree! Como siempre nos está hablando de historias raras, ahora que dice la verdad, a la pobre no la cree nadie. Me da lástima, pero no puedo desvelar ahora mi secreto. Hay que esperar a que los padres de Olam y Saava les encuentren como sea. ¡Están asustados! ¿Y si se lo contara a mamá...? Pero seguro que ella no me dejará tenerlos en mi cuarto. Yo les he tomado tanto cariño. Empezaría a dar gritos y a lo mejor llamaba a los bomberos. Mamá siempre que pasa algo que no entiende llama a los bomberos. Me acuerdo de aquella vez en que Raúl y sus amigos, me encaramaron a un árbol y al escurrirme quedé colgando de una rama. ¡Estaba alta! ¡Sí, pero con que hubiera puesto una escalera... Pero se puso nerviosa, cogió el teléfono, y vinieron un montón de señores con mangueras y cascos. ¡Anda, que la que se armó!

Mientras pienso, me aprieta la abuela, trato de desasirme y en esto sentimos pasos. Alguien acaba de llegar a casa.

—¡Debe ser el abuelo! —Decimos a un tiempo—. Y cuando voy a su encuentro, hago lo de siempre, me escondo detrás de la puerta para asomar sólo la puntita de la nariz y darle una sorpresa... y la sorpresa me la llevo yo.

Son dos hombres raros, caminan despacito mirando de un sitio

para otro y no me gusta nada lo que hacen. Y mucho menos que uno de ellos lleve una pistola. Papá dice que sólo deben llevar pistola los policías y estos no se parecen nada a los policías que yo conozco.

Lali retrocede deprisa pero sin hacer ruido y desde la otra puerta del salón, antes de desaparecer, se pone el dedo delante de la boca, indicando a la abuela y a Doña Carlota que no digan nada.

Y mientras los hombres de la pistola entran por el otro extremo, ella corre escaleras arriba, derecha a su habitación. Hace una contraseña y Javi, que ya está prevenido, abre enseguida. Lo más rápido que puede les cuenta lo que está pasando abajo y todos bastante asustados se ponen a pensar.

—¡Ya sé! —Dice Javi, desde aquí podemos llamar a la policía y cuando vengan los cogerán enseguida.

Los cuatro se abalanzan al teléfono y marcan el número. Enseguida se oye una voz algo desganada que dice: —Sí, aquí la policía...

—¡Oiga! ¡Tienen que venir enseguida! ¡Han entrado dos señores con pistola en el salón y nosotros estamos arriba, en una habitación, escondidos.

Lali le coge el teléfono a Javi y sigue... —Yo me llamo Lali y mi papá está de viaje. Mi mamá está en la cocina y mi abuela y Doña Carlota solas en el salón. ¡Por favor, vengan pronto! Y dá la dirección. Antes de que cuelgue, Olam le arrebató el aparato a Lali y muy apurado dice: —¡Tú también traer papá! ¡Por fa...!

—¡Vamos niños! ¡Ya está bien de jugar con el teléfono! ¡Avisaré a vuestros padres!

—¡No es un juego! —Dice Javi—. ¡Es que tenemos en la habitación dos extraterrestres que se han perdido.

—¡Dos extraterrestres? ¡Con que tomándome el pelo! ¡Eh?

Lali toma de nuevo el teléfono y trata de arreglarlo.

—¡Por favor! Es que somos muy pequeños y hay dos vestidos de extraterrestres, pero de verdad han entrado en casa dos hombres malos y no sabemos que está pasando abajo... ¡Vengan pronto! ¡Dios mío! ¡Alguien está subiendo por la escalera!

Todos dejan el teléfono y Lali asoma la carita por la puerta entre-

abierta. Uno de los hombres sube muy lentamente y ella tras cerrar de nuevo, les dice muy apurada.

—¡Uno de ellos está subiendo! ¿Qué podemos hacer...? Habéis encontrado el Talismán? Javi lo tiene en un bolsillo secreto de su disfraz y todos le apremian para que lo encuentre. Están tan nerviosos que tardan más de lo debido. Por fin logra sacarlo y Lali lo toma entre sus manos. Sienten cómo el hombre está a punto de girar el pomo y ella tiene el tiempo justo de apretarlo, fuertemente, para proteger a sus amigos. No sabe, qué pasará con ella, pero al menos ellos estarán seguros.

Todo ha sido muy rápido, pero el instante de duda de la niña ha bastado para que el individuo haya tenido tiempo de ver a dos extraños seres luminosos, que por arte de magia, desaparecen al abrir del todo la puerta.

—¡Cáspita! ¡Ya estoy con las alucinaciones...! —Mira toda la habitación y se detiene en Lali, que un segundo antes ha escondido el Talismán—. La niña está justo detrás de la puerta, sin saber qué hacer. Él la mira de arriba abajo y ella valiente afronta la mirada.

—¿Cuántos más hay en la casa? ¡Habla mocosa! ¡Vamos que no tengo mucho tiempo! —Lali piensa mientras él la zarandea.

—¡Trece! —Es lo primero que se la ocurre. Es casi la verdad. La abuela, Doña Carlota, mamá, Raúl y sus amigos, Olam y Saava, el abuelo, —que estará al venir— y papá que por desgracia no vendrá hasta el martes y ella. ¡Claro!, que ahora no se trata de decir la verdad... Cuando no hay más remedio, a veces hay que mentir. Y ella piensa, que cuantos más crea el hombre malo, que hay en casa, será mejor. Y acierta. Observa la cara del individuo, y por cómo la mira, cree que todavía podía haber dicho algunos más.

El tipo después de mirar receloso en todas direcciones, acerca su boca y su aliento pútrido, hace sentir a Lali escalofríos.

—¡Pues sí que ha corrido la coneja de tu madre! ¿Y dónde están todos tus hermanos?

—¡No tengo más que un hermano! ¡Y mi mamá no es una coneja! —Dice impetuosa.

—¡Vaya...! ¡La niña nos ha salido respondona...! Ya te quitaré yo los humos, mocosa. —Y la coge sin contemplaciones, mientras hace un recorrido, registrando el armario, debajo de la cama, sin perder de vista la puerta.

Lali, cada vez que él registra en algún lugar, lanza sus ojos al cielo, implorando ayuda para que sus amigos no sean encontrados. ¡Y no aparecen! No sabe lo que duran los efectos del Talismán, así que desea salir cuanto antes de su habitación.

Se le ocurre, que sería estupendo, hacerle desaparecer si frotase lo que tiene en su bolsillo. Pero si lo envía donde ahora están sus amigos, estos podrían correr peligro, y ante la duda, piensa que ya encontrará mejor ocasión... Además el de abajo, podría enfurecerse, al no verle aparecer y entonces mamá y la abuela, serían quienes lo pagarían. Y ahora sabe con certeza, que son unos delincuentes.

—¡Ah... claro! Seguro que son los que dijo la Tele que se habían escapado. ¡Dios mío! ¡Qué puedo hacer...? Si viniese la policía... ¡Cómo podremos librarnos de ellos...?

El tipo abre la puerta cautelosamente y sin soltarla, la empuja sin ningún miramiento, para que salga primero, mientras va pensando que si sólo son dos hermanos, en las habitaciones puede haber otros mayores que hay que encontrar cuanto antes. Si la cría ha dicho la verdad, la casa puede ser una trampa. Habrá que pillar, lo que tengan de valor, y darse el "piro" De momento la niña le servirá de escudo.

Al pasar por la puerta de la habitación de su hermano Raúl, el tipo le hace volver la cara y presionándole la mandíbula, pregunta bajito: —¡Y ahí...! ¿Quién hay...? ¡Vamos, responde!

Lali ignora si su hermano ha regresado a la habitación. No se oye ningún ruido, pero a veces también juegan a cosas de misterio y no meten bulla. O podría estar solo mientras sus amigos van a casa a por algo. A veces lo hacen.

Y trata de evitar que lo coja, diciendo: —¡Mi papá y el tío Arturo! Se pasan el día trabajando con los libros. Y añade, mientras el hombre duda... ¡El tío Arturo es altísimo... y muy bruto! —Al tiempo que infla el pecho, arquea los brazos y muestra los dientes—.

—¡Vale, vale! ¡Camina! ¡Pero ojo con hacer ruido!

Lali va pensando que ha sido una buena idea. Así se irán antes. Si piensan que hay hombres en la casa. Lo peor sea que la abuela meta la pata... ¿Cómo podría ella avisarla y que la abuelita se entere? Porque ella sólo se entera de lo que dice la tele. Fuera de eso, todo lo que la hablas le resbala... ¡Pobre abuela! ¡Qué susto estará pasando! Y doña Carlota... ¡Habrá que ver a Doña Carlota!

Cuando por fin entran en el salón, Lali se suelta de él como puede y corre a los brazos de la abuela.

—¡Abuelita querida! —Dice en voz alta, y al oído muy despacito—. ¡He dicho que hay hombres en la casa, abuela! ¡Mejor no hables!

La abuela y Doña Carlota parecen momias. Lali jamás ha visto a las dos tan calladas. No dejan de mirar al que apunta con la pistola. El otro le está diciendo algo ahora y Lali apretándose contra la abuela le repite insistente...

—¡He dicho que arriba está papá y el tío Arturo! ¿Abuela... me oyes? —¡Qué rabia! Ahora que le gustaría que ella le apretara, la abuela no está para nada. ¡Claro que si abre la boca, la cosa puede empeorar—. ¿Y mamá...? ¿Dónde está mamá...? —Lo mismo ha creído que era el abuelo, el que ha entrado y sigue tan tranquila en la cocina.

Sí, uno se ha quedado apuntando a las abuelas y el otro ha subido al segundo piso, es posible que aún no la hayan visto. ¡Pero, y si le han hecho daño? No se atreve a preguntar, por miedo a que pase algo peor, siente deseos de llorar.

De pronto se acuerda de Raúl. ¿Dónde estará su hermano...? ¡Dios mío! ¡Que vengan papá, Raúl y el abuelo y se acabe todo de una vez! Y como si la hubiera oído, Raúl aparece de improviso, espectacularmente, como siempre.

—¡Todos quietos! ¡Manos arriba...! ¡Que nadie se mueva! —Y del susto, al ver a los ladrones, se le cae de las manos la pistola de juguete que le compró mamá para su cumpleaños.

—¡Pues vaya panorama...! Otro que se queda mudo. ¡Pobrecillo! Con lo gallito que se pone conmigo. —Piensa Lali.

Él parece que comprende lo que está pensando su hermana, antes

aún de comprender lo que está sucediendo en el salón. Cruzan las miradas y Lali abre los ojos todo lo que puede en un mudo mensaje, al tiempo que pone el dedo índice sobre sus labios, —como hiciera con la abuela— aprovechando, que los delincuentes han girado sus rostros para mirarle.

—¡No le hagan daño! —Dice—. ¡Mi papá y el tío Arturo, pueden bajar. —Recalca para que se fije Raúl—. Y si lo hacen... —Les mira amenazante, mientras levanta el puño cerrado, que va bajando lentamente, cuando uno de ellos se le acerca.

—¿Y qué si bajan...?

Raúl parece haber comprendido y en un rasgo de valentía dice entrecortadamente: —El... el tío Arturo... Es de la Secreta... Y tiene un pistolón... ¡Así de grande!

Y señala con las manos algo así como el tamaño de la pistola del que le apunta. Se lo piensa mejor y cuando todos están pendientes de él va abriendo las manos un poquito más cada vez, mientras aprieta los labios.

—¿Pero tío... donde nos hemos metido? Me cagüen en la... ¡Con lo grande que es Madrid! Hay que abrirse...

—¿Y si nos los cargamos a todos...? ¡Me están hartando ya... tanta vieja y tanto niño!

—¡Silencio! ¡Alguien viene!

Los delincuentes se colocan cada uno a un lado de la puerta y esperan nerviosos a que entre. Lali y Raúl saben que es el abuelo. Conocen el ruido que producen sus zapatos. El abuelo cojea ligeramente. Es una reliquia de cuando la guerra. Como es domingo, viene como tiene por costumbre, con una tarta helada. Le encantan las tartas y ver, cómo se relamen los críos con ella. Primero se la enseña a los niños y luego termina dejándola en la cocina.

—¡Pobre abuelo! ¡Con lo contento que venía! —Piensa Lali.

La tarta está a punto de rodar por el suelo de la sorpresa, pero su voz suena segura cuando pregunta:

—¿Qué, qué está pasando aquí...? —Mientras incrédulo contempla la escena, nos mira a todos, uno a uno sin acabárselo de creer.

—¡Cierra el pico viejo! —Y le amenaza con la pistola—. ¿Dónde está el dinero y las cosas de valor? ¡Habla! Si no quieres que les mate.

El abuelo se lleva la mano al bolsillo y saca la cartera lo más rápido que puede.

—¡Ábrela tío! —Dice el que apunta al otro, que se la ha arrebatado en un abrir y cerrar de ojos. Cuentan ansiosos los billetes y arrojan la cartera con rabia.

—¡Vaya mierda! ¡Me estoy hartando...! ¿Haber dónde está la plata?

A Lali se le ocurre, de pronto, una gran idea y la pone en práctica. Si logra separar a uno de ellos y sacarlo de la habitación, puede hacerlo desaparecer con el Talismán y luego ya vería qué hacer con el otro. Existe el peligro de que, el que quede en el salón, se enfurezca al no aparecer el compañero, pero como ya están bastante nerviosos mejor uno que dos.

Se suelta de la abuela, que está medio desmayada de puro miedo y le dice al de la pistola: —¡Ven, que yo sé donde está!

Entonces reaccionan todos. Doña Carlota masculla... ¡Ahora se lo comerán los marcianos! ¡Están todos abducidos! Salvo Lali, nadie entiende el sentido de sus palabras.

El abuelo trata de interponerse entre la niña y el que está armado.

—¡No Lali! ¡No te muevas de aquí! —Angustiado—. ¡No toque a mi nieta! ¡Yo iré con Usted! —Se ve que trata de ganar tiempo—. Lali sabe que apenas hay objetos de plata en casa. A mamá no le gustan, pero comprueba lo mucho que el abuelo la quiere, arriesgándose a ir por algo que no existe. Si salen bien de este embrollo, le encantará que el abuelo le cuente una y otra vez sus historias... ¡Está demostrando que es un valiente!

Raúl también reacciona avanzando hacia su hermana, la abuela trata de incorporarse, pero se asusta cuando uno de los individuos empuja al niño contra ella y para en seco a su marido.

—¡Quietos todos! ¡Me están poniendo nervioso! ¡Haber tú...! ¿Dónde dices que está la plata? —Y agarra con fuerza el brazo de Lali, ante la impotencia del abuelo.

Ella se revuelve. Si no logra desasirse de él no podrá utilizar el Talismán, así que no tiene más remedio que decir.

—¡Si no me sueltas, no te llevaré! —Y se frota el brazo dolorido, después que él la deja libre.

—¡Tiene genio la cría! ¿Eh...? —Y esboza una sonrisa, que más parece una mueca—. ¡Bueno, no perdamos más tiempo, tío! ¡Vete con ella! ¡Yo me quedo vigilando a estos!

Lali pretende que la acompañe el que tiene el arma y dice: —¡No! ¿Quiero que venga ese! —Mientras le tira de la chaqueta, y explica—. ¡Porque tú no me gustas!

La miran todos sorprendidos, especialmente ellos y ríen lo que les parece una gracia.

Lali lanza al abuelo una mirada de complicidad a espaldas de los delincuentes. Él no entiende nada, pero algo hay en su nieta, cierta seguridad que transmiten sus ojos, que le tranquiliza momentáneamente. Presiente que está tramando algo. Pero él no sabe qué es, y no poder ayudarla, le parte el corazón. ¡Es tan pequeña...! Y ruega al cielo, que no suceda nada irreparable.

Lali consigue lo que se proponía... el que tiene el arma la sigue cuando ella hace ademán de andar.

—¡Eh, tú...! ¡No corras! ¡Camina despacio o acabo con todos! —Pero la cría es tan pequeña, —piensa él— que ni remotamente se le pasa por la imaginación, que seguirla, pueda implicar el menor riesgo. El peligro está en que bajen los que se supone que están por el resto de las habitaciones. Tendrá que darse prisa, coger lo que la niña dice que hay y largarse lo antes posible.

Lali vuelve sus ojos para ver la distancia que le separa de él y le dice: —¡Párate ahí! ¡Primero tengo que ver si hay alguien dentro! Él se para en seco y ella poniendo cara de escuchar, hace como intención de asomarse, al tiempo que presiona fuertemente el Talismán, cuando ve que está lo suficientemente alejado de ella: —¡Señor! ¡Que funcione, que funcione...! —Se repite mentalmente...—. ¡Y funciona!

El tipo odioso desaparece, con la misma facilidad, que los magos hacen desaparecer las cosas en los programas de la televisión. Pero...

¡oh, que alegría...! El arma está en el suelo. Se ve que los objetos metálicos no se desintegran... Esto puede ser una gran suerte para salvar a toda la familia. Se acerca con reparo, toma el arma del suelo, pero piensa que si aparece de nuevo en la habitación con ella, lo mismo desencadena una catástrofe... No sabe utilizarla, podría herir a los suyos... está el otro hombre malo que podría vengarse de ella...

Decide esconderla en un cajón del mueble, pero se lo piensa mejor y la introduce debajo de los asientos del sofá, que hay en la habitación cercana al salón.

Ahora viene lo difícil. Cómo hacer que venga el otro sin despertar sospechas. Su ágil mente busca una idea para que todo llegue a buen fin. Si pudiera ir a la cocina y poner sobre aviso a mamá. Contando con que aún no le haya pasado nada... Pero si tarda, puede aparecer el otro delincuente y entonces sería peor...

¡Dios mío! ¿Por qué ha tenido que marcharse papá, precisamente hoy? Bueno, no queda tiempo para lamentarse, así que manos a la obra...

Camina rápida hacia el salón y justo antes de entrar, comienza a andar de puntillas y así asoma medio cuerpo... y dando a su voz un tono entre misterioso y confidencial, dice al tiempo que agita la mano, llamando la atención del delincuente:

—¡Chisf...! ¡Eh...! ¡Dice tu compañero que vengas!

Todos a su modo se sorprenden de verla regresar sola.

Doña Carlota, con un hilo de voz que no logra escuchar más que Lali, dice enigmática. —¡Ya se han comido a éste! ¿A quién le tocará ahora? Y le rechina la dentadura postiza.

La abuela abre los ojos sin atreverse a decir nada. Raúl que ha oído como Lali dijo que estaban arriba papá y el tío Arturo, se le ocurre pensar que hayan bajado en ese momento y se hayan deshecho de él; porque si hubiese sido de otro modo, si a papá le hubiese sucedido algo, su hermana no estaría tan tranquila.

El abuelo desconcertado no acierta a descifrar qué puede haber pasado, pero está pendiente de lo que diga la niña y atento, por si, en algún momento, se descuida el malhechor.

No ve la ocasión por más que le observa. Además está Raúl y las dos mujeres y no puede arriesgarse a ponerlos en peligro, sin tener un arma o algo con qué defenderse.

Le recorre el cuerpo un profundo escalofrío. Su niña, su querida niña, está actuando como no lo haría su propia madre. Si esto acaba bien, se la comerá a besos. De pronto se le pone el bello de punta. ¿Y si le hubiese sucedido algo a su hija? ¿Qué ha podido pasar para que no haya aparecido en todo este tiempo? ¿Le habrán hecho algo...? No lo quiere ni pensar. Claro que de ser así, la niña lo hubiera visto y no estaría tan entera. Esto le da una ligera esperanza.

Mientras, el delincuente, más duro de mollera y más corto de neuronas, ha dejado vagar por un instante, sus pequeños ojos, circundados por violáceas ojeras, en una aptitud recelosa antes de increpar a la niña.

—¿Que vaya dónde? Por qué no viene él? ¿Qué está pasando?—Y la coge de los brazos acercándola tanto a su rostro, hasta marearla con su asqueroso aliento—.

Lali traga saliva, mientras su corazón late desacompadadamente, pero aguanta aparentemente serena, la mirada siniestra e inquisitiva del tipejo. Y su voz, estrangulada por la emoción sale al fin de su garganta.

—Dice que hay mucho para llevarse... que... —y señala la mesa camilla que hay en el rincón—. Que te lleves el mantel, antes de que mi padre o el tío Arturo puedan bajar. ¡Que tenéis que salir pitando! Y que yo vuelva contigo o me hará daño a mí y a todos ellos. —Y echa una mirada circular por cada uno de los presentes—.

El hombre la suelta. Es tan verosímil, que resulta convincente. Y Lali va directa a por el mantel. Retira primero el cenicero que hay encima y para que no se rompa se lo da mecánicamente a Doña Carlota que la pilló al lado. Ésta, que sigue atenta a cada frase que se pronuncia, se sobresalta al posarse el cenicero sobre su regazo, y con un hilo de voz murmura...

—¡Esto debe ser un símbolo! Después me tocará a mí.

Lali siente lástima de ella pero no puede explicarle nada. Tira del mantel y lo pone en las manos del ladrón.

—¡Ven! ¡Ha dicho que nos demos prisa! Y volviéndose hacia su abuelo. ¡Abuelito, no os mováis de ahí! —y recalca— ¡Por favor! El otro hombre dice que se van enseguida. ¡En cuanto cojan la plata!

Todos la miran sin articular palabra, sin reaccionar. Y muy decidida sale del salón seguida del facineroso. Camina rápida, tratando de que vuelva a haber una distancia en él lo suficientemente segura para no fallar.

Este va como más en guardia, se detiene al menor ruido y ella aprovecha el momento para volverse y presionar el valioso regalo que les va a salvar de tan graves peligros. Y en un abrir y cerrar de ojos desaparece, se esfuma, como antes lo hiciera el otro hombre malo.

Sin poder contener su alegría, grita: —¡Abuelito, abuelito! ¡Ya podéis salir!

Corre y se abraza al abuelo que receloso, sale a su encuentro. Protector, la estrecha fuertemente entre sus brazos, sin dejar de mirar a su alrededor lleno de extrañeza.

—¿Dónde están? ¡Es imposible...! ¿Por dónde han salido...?

Las ventanas permanecen cerradas sin la mínima señal que indique que hayan salido por allí, y las cortinas ni siquiera se mueven. Si han subido a las habitaciones, el peligro sigue existiendo... Pero Lali incapaz de contener tanta tensión, grita de nuevo.

—¡No están abuelo! ¡No están! ¡Les he hecho desaparecer! Y ante la mirada incrédula de todos ellos, incluida la abuela, que por fin logra levantarse del sillón, les explica: —Tuve que sacar primero a uno y luego al otro, para no hacerlos desaparecer a todos. ¡Ay...! ¡Se me habían olvidado mis amigos. Javi y los otros siguen arriba y estarán asustados. ¡Tenemos que subir!

—¿Qué otros...? —Pregunta Raúl extrañado—. Pedrito y Lolo se fueron a su casa hace rato. Yo he estado cerca de la puerta y no han pasado por ahí. ¡Estoy seguro!

La abuela reacciona y dice: —¡Lali cariño! ¿Te sientes bien? ¡Ay, Dios mío! No me extraña que esté afectada... ¡Con el miedo que hemos pasado! ¡Qué susto Señor! ¡Qué susto!

—¿De qué amigos hablas Lali...? —Pregunta el abuelo—. ¿Te sien-

tes mal, pequeña? ¿Es que hay más gente en casa...? ¿Dónde está mamá? ¡Dime! ¿Y estos por donde se fueron...?

De pronto comprende que sólo es una niña y que estará asustada, que lo mismo la ha afectado todo lo sucedido. Y ya más calmado, armándose de paciencia, repite mirándola a los ojos.

—¿Dime cariño dónde están esos hombres?

—¡Pero bueno! ¿cómo tengo que decirte que los he hecho desaparecer? ¡Abuelo! ¿Es que no me crees? ¡Abuelito, te estoy diciendo la verdad!

Realmente por extraño que parezca lo que dice la niña, no se explica por dónde han podido salir, salvo que se hayan esfumado. ¡Pero es algo tan increíble...!

Doña Carlota, hasta ahora escuchando con gran interés, le dice a Don Luis: —¡Sí! Los ha hecho desaparecer, con la ayuda de esos extraterrestres que tiene en su habitación. ¡Yo los he visto con mis propios ojos! Les vi desde mi ventana... Seguro que ahora yo también estoy abducida... ¿Quién me mandaría a mí meterme en camisa de once varas? ¡Con lo agustito que estaba yo en mi casa!

Todos piensan que se ha vuelto loca. ¡Pobre Doña Carlota! No ha podido resistir tantas emociones juntas.

—¡No! ¡No estoy loca! —Dice ella, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. ¡La niña sabe que digo la verdad!

Lali se compadece de Doña Carlota y sale en su ayuda.

—¡Sí, abuelo! ¡Ella no está mintiendo! ¡Les he hecho desaparecer con esto! ¡Es un Talismán! Me lo regalaron ellos..., y dirige la mirada arriba, en dirección a su cuarto.

En esto aparece mamá, viene de la cocina y todos se quedan con la boca abierta mirándola. Lali corre hacia ella y se abraza mimosa a sus piernas, como no acabándose de creer.

—¡Bueno, bueno! Menos carantoñas y más ayuda... Vamos, ¿qué hacéis todos mirando? ¡Ir preparando la mesa, que ya falta menos para la comida...! ¡Ay que mañana llevo! ¡No he parado! —Repara en que no está el mantel de la mesa camilla—. ¿Me puede decir alguien dónde narices ha ido a parar el mantel...? ¡Raúl, esto es cosa tuya!

¡Cómo se me estropeé el mantel por andar por el jardín jugando a los indios...!

Se fija en que hay visita, que ya se había olvidado de ella. —¡Disculpe Doña Carlota! Pero es que hay cosas que me sacan de quicio. Bueno, ¿es que pasa algo...? ¿tengo monos en la cara...?

—¡Dios mío! ¡Cómo la han dejado, pobrecita! ¿Y ahora que hago yo? Intentaran hacerme desaparecer a mí también... —Y ahora sí la oyen—.

—¡Qué dice de desaparecer...? Se encuentra usted bien...? —Y todos se acercan solícitos cosa que ella malinterpreta—.

—¡No! ¡Que va! Me encuentro estupendamente. ¡Yo no he visto nada! ¡Lo juro! ¡Vamos... nada de nada! Pero si casi no veo... Si cada día veo menos... Aquí... ni hay extraterrestres, ni ha habido ladrones. ¡Vamos qué tontería! ¡Con el ratito tan agradable que hemos pasado...! A mí me gustaría irme ya a mi casa, pero si quieren... si quieren ustedes que me quede aquí a comer... ¡Yo, lo que ustedes digan!

Alicia resignada. —¡Bueno, pues quédese Doña Carlota! ¡Donde comen cinco, comen seis! —Mientras piensa—. ¡Qué loca está la pobre!

—¡Mamá! —Dice Lali acordándose de sus amiguitos—. Javi también comerá con nosotros. Y también están...

Y mamá con retintín: —¡Nada, lo dicho! ¡Donde comen cinco pueden comer dieciocho! ¿Alguna cosa más...?

—¡Si mamá, por favor! —Dice Lali—. ¡Haz un montón de natillas! Y le pone una carita tierna.

—¿Natillas...? Pero bueno, se puede saber, ¿qué te ha dado a ti ahora con las natillas?

El abuelo reacciona en favor de su nieta. —¡Por favor Alicia, haz todas las natillas que quiera la niña! ¡Que se las merece!

—¡Oído cocina! —Y sale como entró, sin haberse enterado de nada. Mientras piensa interiormente—. ¡Hay que pandilla Señor! ¿Cómo me hallan roto el mantel...?

Una vez Alicia sale del salón, el abuelo toma entre sus brazos a Lali y le pregunta qué es eso del Talismán y los extraterrestres. Lali

incapaz de callar por más tiempo, se acurruca contra el abuelo y acusando la tensión por los momentos vividos, le va explicando lo sucedido desilvanadamente, por lo que el abuelo no comprende nada.

Lali saca de su bolsillo el Talismán y se lo muestra.

—¡Esto es de mis amigos, venidos de las Estrellas! Se llaman Saava y Olam. Son niños como yo y se han perdido. ¡Tienen miedo abuelito! ¡Y yo no quiero que les pasa nada! Esta mañana subió mamá y tuve que hacerlos desaparecer para que ella no les viese. Ellos me dijeron que lo apriete cuando me encuentre en peligro y eso es lo que he hecho, con los hombre malos.

El abuelo se resiste a creer lo que oye, pero Lali no puede inventarse tantas cosas a un tiempo, por mucha imaginación que tenga. Los malhechores verdaderamente se han esfumado y ésta sería la única explicación posible. Si no están arriba, no pueden haber salido por otro lugar y menos tan rápidamente... Tampoco hay rastro del mantel que Lali puso en las manos del último, que se fue con ella. Por otro lado, puede que Doña Carlota, no esté tan trastornada como parece... ¿Y si de verdad ella les ha visto? No ha parado de hablar de extraterrestres, abducciones... aunque ellos lo han achacado a los momentos tan tremendos que se ha visto obligada a vivir.

Lali explica al abuelo, que no sabe lo que pueden durar los efectos del Talismán. Así que se impone que llamen a la policía antes de que puedan volver ha hacer acto de presencia.

Esto les vuelve a sumir en un estado de confusión.

—¿Cómo? ¿Que aparecen de nuevo...?

Lali asiente y todos a una se abalanzan sobre el teléfono.

—¡Sí! ¡Pero a ver cómo lo decís! —Dice Lali—. A nosotros no nos han creído. Cuando vi que entraron los ladrones avisé a mis amigos y juntos llamamos a la policía. Fue entonces cuando uno subió a mi cuarto y no tuve más remedio que hacerlos desaparecer para que él no les viera.

—¡Llama pronto abuelito! ¡Mis amigos estarán asustados!

Don Jacinto obedece a su nieta.

—¡Sí...! Aquí la policía. ¿Dígame...? —Se oye desde el otro extremo del aparato—.

—¡Oiga, tienen que venir a la Urbanización Florida! ¡Es urgente! ¡Corremos peligro! —Y el abuelo da todos los datos y la dirección—. ¡Tenemos en casa dos delincuentes! De momento se han esfumado, pero... cuando acaben los efectos del Talismán.

—¡No me diga...! ¿Y todavía no han aparecido...? ¡Vamos que ya son mayorcitos para andar jugando! ¿Es que no les da vergüenza...?

Doña Carlota se acerca a Don Jacinto y le arrebató el teléfono... —¡Además están los extraterrestres, señor policía, que a mí no me creían... ¡Yo les he visto primero!

—¡Vamos señora! ¡Ya no aguanto más! —Y cuelga.

—¡Lo que te dije abuelo! ¡A nosotros tampoco nos creyeron! ¿Y ahora qué vamos ha hacer...?

—¡Será posible! ¡Este me va a oír! —Y el abuelo vuelve a marcar.

—¡¡Diga!! —Dice el policía cabreado.

—¡Oiga! ¡Cómo me cuelgue sin haberme escuchado, le haré responsable de lo que nos suceda! ¡Vengan a la dirección que le acabo de decir! ¡Pero ya! ¿Me ha oído? Estoy hablando en serio. —Y añade—, ¡los delincuentes están a punto de aparecer! —Y cuelga enfadadísimo.

En esto, Javi asoma tímidamente, con las antenitas de su disfraz de marciano, temblando sobre su cabeza. Respira aliviado al no ver a los ladrones, por fin entra y se dirige a Lali sin saber que hacer.

—¡Puedes hablar Javi! ¡Ya lo saben todo! He tenido que decírselo al abuelo.

Los abuelos y Raúl, al ver a Javi, dudan si éste será el único marciano... y se miran entre sí.

Javi le dice a Raúl: —¡Tío, no te lo vas a creer! ¡Son extraterrestres de verdad! Y les encantan las natillas.

—¿Natillas...? —Dicen todos a coro.

Otra vez la mirada de suspicacia entre Raúl y los abuelos, pero él, niño al fin, le seduce tanto la idea de tener extraterrestres en casa, que termina creyendo todo lo que su amigo le va relatando.

El abuelo no quiere que la niña se separe de ellos, ante el temor de que aparezcan los ladrones. Están deseando subir a la habitación de Lali y descubrir lo que hay de verdad en esa historia. Pero antes habrá

que esperar a los policías y librarse de los delincuentes. Ya que según los niños, los de arriba no son peligrosos.

—¡Ahhh...! —Lali recuerda de pronto el arma que escondió en el sofá, y después de decírselo a todos, deciden ir juntos a por ella.

Se van apelotonando, unos por miedo y otros por curiosidad. El abuelo pone orden y al fin terminan caminando en fila india. Ya en la sala, Lali se adelanta y registra por entre los asientos. Allí sigue. El abuelo la toma escrupulosamente, como si le produjese alergia y se la guarda en el bolsillo, con toda clase de precauciones.

—¡Raúl! ¿Te has fijado...? ¡Si es igualita que la mía! —Dice Javi antes de que Don Jacinto se la guarde.

—¡No! ¡Sólo se le parece! ¡No vas a comparar... ésta es de verdad!

Javi en un arranque, echa a correr antes de que nadie pueda detenerlo y sale pitando de la casa, Dios sabe donde...

—¡Menos mal! —Dice el abuelo—. Si le pasa algo, su madre no nos lo perdonaría. ¡Uno menos de quién preocuparse!

En este momento todos se sobresaltan. Alguien llega procedente de la calle. Inconscientemente el abuelo y Lali se llevan las manos a sus respectivos bolsillos. Contienen la respiración mientras tratan de asomarse cautelosamente al salón... Y así les encuentra Ricardo cuando irrumpe en él.

—¡Papá! ¡Papito! ¡Ay qué miedo hemos pasado! ¡Menos mal que has vuelto? —Y Lali se aferra a él con toda su fuerza.

Ricardo se emociona del recibimiento que le hace la pequeña y se avergüenza interiormente, de haber querido ausentarse de su hogar, con el cariño que tiene aquí.

Entre todos le ponen al tanto de lo sucedido, y aunque cree, están desbarrando por lo inverosímil de la historia, se alegra de que en el último instante haya perdido el avión.

De regreso a casa se ha repetido una y otra vez, que el propio destino, ha impedido cometiese una gran tontería, que a la larga hubiese causado estragos en su vida.

—Bueno, ahora estoy aquí y no tenéis nada que temer. ¡Papá lo solucionará todo! —Dice con cierto aire de suficiencia. Pero se sobre-

salta cuando su suegro, saca la pistola del bolsillo de su chaqueta y aliviado la deposita en sus manos. No sabe cómo cogerla, pero al observar la mirada inquisitiva de Lali, se decide finalmente, mientras traga saliva y la nuez le baila en la garganta.

—¡Abuelo! —Dice la niña. Ahora que papá está aquí y tiene la pistola, podemos ir a mi habitación. Mis amigos se sentirán muy solos. ¡Quiero que les conozcas!

Don Jacinto está deseando subir, pero no está muy seguro de que su yerno pueda o sepa utilizar el arma en caso de necesidad.

—¡Abuelo! ¡Yo quiero subir con vosotros...! —Dice Raúl que no puede aguantar las ganas de ver a los "marcianos".

Doña Carlota no quiere oír hablar de extraterrestres y se siente más segura ahora que ha llegado Ricardo. La abuela de Lali con tanto susto no está para subir escaleras y menos para ver bichos raros. Así que se quedan donde están.

Ricardo toma una silla del salón y se apostea donde Lali le ha asegurado que desaparecieron los ladrones. Pistola en mano, no las tiene todas consigo. Piensa que todo lo oído es un despropósito, pero la vista del arma le inquieta y le hace permanecer atento. La vida de los suyos está en juego y aunque todo le parece increíble, razona que, así al menos, repara en parte su pretendida escapada.

Lo de los delincuentes pase... Lo de los extraterrestres es otra cuestión... Sólo Javi y Lali dicen haberlos visto... Bueno, también lo asegura doña Carlota, pero esa, ya se sabe cómo está, la pobre... ¡Como una chota! ¡Nada! ¡Histeria colectiva! Cuando baje el abuelo lo aclarará todo... Los niños deben haber pasado tanto miedo al vivir una situación peligrosa, que ahora tienen pesadillas... Y lo de la pistola tiene su explicación... Los delincuentes se alertarían por algo y echaron a correr dándose a la fuga, dejándose allí el arma, ¿pero y las ventanas? ¿Quién pudo cerrar las ventanas por dentro? Y, como traspasado por una corriente eléctrica, su cuerpo se estremece de improviso. A esto se suma unos pasos que se acercan... Gira la silla, dirige la pistola en esa dirección y espera anhelante, mientras su corazón late como aquella vez en que tuvo una taquicardia.

El revolver tiembla entre sus manos ostentosamente.

Alicia viene de la cocina, pasa por el salón sin prestar atención a su madre y Doña Carlota, preocupada en encontrar el mantel de la mesa camilla.

Al entrar en la sala, se sobresalta al ver a su marido, sentado como ya sabemos y empuñando el arma que ella cree de juguete. La ha visto en manos de Javi infinidad de veces. Incluso, el domingo pasado, apoyada sobre la encimera de su cocina, mientras merendaba con Raúl y los otros amigos. Lo que le sorprende es que su marido esté en la sala, cuando le hacía en Valencia.

—¿Pero, cuando has vuelto? ¡Yo vi como te marchabas! ¡A este paso no voy a tener comida para tanta gente! —Dice para sí recalcando lo de gente—. ¿Me quieres decir, qué demonios haces ahí plantado con la pistolita en la mano? ¡Ay! ¡Cuánta inmadurez!

Y con sus palabras puyantes, trata de resarcirse por el mal rato que ha pasado, cuando él la dijo de improviso, que salía de viaje. ¡Salir de viaje en domingo! ¿Qué te parece? ¡Esto se lo hará pagar, donde ella sabe! ¡Vamos... como me llamo Alicia! ¡Pues faltaría más!

En esto aparece Javi en la sala. Sigue con su traje de marciano. Porta las simpáticas antenitas que graciosamente se mueven sobre su cabeza rala. Esto y las orejas, ciertamente de soplillo, le dan el consabido aire de marciano. —¡Qué bien elegido el disfraz!, —piensa Alicia—

Javi, arma en ristre, pregunta dónde están los otros, el abuelo y los niños.

—¡Arriba! ¡Han ido a ver a los extraterrestres! —Responde Ricardo, como la cosa más natural del mundo.

—¿Tú no los has visto todavía...? —Inquire Javi, dirigiéndose a Ricardo.

—¡No! ¡No puedo dejar de vigilar! Cuando acabe el efecto del Talismán volverán a aparecer los delincuentes. —Y añade como si estuviera convencido—. ¡Ésta es la pistola de los ladrones!

Javi encara la suya con la de Ricardo.

—¡Fíjate! ¡Son iguales! ¿A que sí? ¡No se diferencian en nada!

¡Jo! –Dice lleno de satisfacción, mientras da un giro sobre si y se pone en aptitud de disparar.

Entretanto Alicia sigue buscando el mantel, piensa para sus adentros que los hombres nunca madurarán. ¡Fíjate! Ahí plantado en una silla, comparando la pistola con el enemigo. Jugando a los extraterrestres y a los delincuentes, como la cosa más natural del mundo, mientras ella no ha parado de cocinar para toda esta caterva hambrienta, sufriendo toda la santa mañana por el desplante de este... este... No encuentra apelativo suficientemente sustancioso para aplicar a su marido.

—¡Si es que son como niños!

—¡Alicia! –Pregunta Javi, interrumpiendo sus pensamientos. ¿Tú tampoco has visto a los extraterrestres, verdad...?

—¡No! ¡No he tenido tiempo! Todavía no he encontrado el mantel y aún me quedan por hacer las natillas. –Dice con retintín.

—¡Huy! ¡Con lo que les gustan a ellos las natillas!

—¡Bueno! ¡Esto es el colmo! ¡Conque encima la están tomando el pelo! ¡Eh...! –Y enfadada les arrebató las pistolas, ante el asombro de ambos, al tiempo que dice: —¡Ya está bien de jueguecitos...! –Pero al ver la cara que pone Ricardo se arrepiente y se las devuelve precipitadamente mientras le increpa.

—¡Quiero que aparezca el mantel! –Y sale de la sala echando chispas.

Javi y Ricardo absortos, ven desaparecer a la enfurecida Alicia y a continuación fijan la vista en sus respectivas armas con cierta incertidumbre.

* * *

Arriba, en la habitación de Lali, hay mucha preocupación. Saava y Olam no aparecen por ninguna parte. Raúl desencantado busca por los armarios y el abuelo se preocupa, creyendo que su nieta se encuentra mal.

Lali frota, angustiada el Talismán, sin obtener resultado alguno.

Don Jacinto le dice, llevándole la corriente, que no se preocupe,

que ya aparecerán cuando quieran. Pero Lali lo intenta una y otra vez hasta que de sus ojitos brotan dos lágrimas de impotencia.

—Yo tengo la culpa abuelo! ¡Yo tengo la culpa! Les tuve que hacer desaparecer cuando entró el ladrón y antes cuando subió mamá y a lo mejor ha sido demasiado... ¡Yo quería estar con ellos pero el hombre malo me obligó a bajar con él!

—¡Ya se habrá ido! —Dice Don Jacinto queriéndola consolar, al tiempo que enjuga sus lágrimas y le suena los moquitos con su pañuelo.

—¡Si han podido llegar hasta aquí, también podrán regresar! ¿No te parece Raúl...? —Deseando que éste deje ya de buscar y apoye a su hermana.

—¡No abuelito! ¡Ellos esperaban que sus padres lograsen encontrarlos. Igual que Raúl y yo si nos perdiésemos... ¿Te acuerdas cuando nos perdimos en Alicante?

El abuelo no se quiere ni acordar... ¡Menudo susto se llevaron!

—¡Vamos nena! ¡Tenemos que bajar! Si vuelven los delincuentes mamá y la abuela pueden estar en peligro. La policía debe estar al caer.

—¡Baja tú, abuelo! Raúl y yo nos quedamos por si aparecen... ¿Tú te quedas, verdad? —Y se agarra mimosa a su hermano.

Raúl asiente, no ha perdido las esperanzas de verlos y tampoco quiere dejar sola a la niña. Secretamente se siente más seguro a su lado, que con cualquier otro de la casa, después de la experiencia vivida en el salón. Además es quien tiene el Talismán y mientras no se demuestre lo contrario, ella fue la que les hizo desaparecer.

—¡Bueno, pero cerrar bien la puerta por dentro! ¡Cuida de tu hermano, nena!

Al ver la mirada de reproche de su nieto, se explica: —¡Hace un rato nos has demostrado a todos que sabes defenderte...! ¿Eh pillina...? —Y les da un beso antes de salir.

Arriba y cerrados por dentro, estarán más seguros que en ningún sitio, —piensa don Jacinto—. Así no tendrán que preocuparse de los pequeños hasta que llegue la policía... ¡Dichosos policías! ¡Cuando

van a presentarse...? Y mira su reloj de bolsillo mientras baja los escalones tratando de no hacer ruido.

* * *

En ese momento los policías vienen de camino. Son dos. El más fornido va protestando todo el trayecto.

—¡Verás como es una broma! ¡Estos ricos se aburren los domingos y juegan a estas cosas! No es la primera vez que pasa; luego te ponen una excusa y se quedan más anchos que largos. ¡Pero a mí no...! ¡Eh...! ¡Conmigo no se juega! ¡No se lo consiento a nadie!

—¿Pero en qué te basas? ¡Si nos han llamado será por algo! No van a llamar dos veces, si no estuviesen en peligro. —Dice el delgadito—.

—¡Valentín ha dicho que primero llamaron niños y más tarde un viejo, y que hablaban un montón al mismo tiempo! —Responde malhumorado— ¡Esos están jugando, te lo digo yo!

El otro, harto ya, le corta en seco.

—¡Bueno, lo que sea ya se verá! Y si no, pues nos hemos "dao" un paseo. Y se encoge de hombros.

* * *

Ricardo sigue en la sala, atento al lugar donde le han dicho que vigile. Javi aguarda detrás del sofá ansioso porque aparezcan, tratando de ayudar... pero está ya más harto ¡Caramba! ¡Pues si que es pesado jugar de verdad! Además le tiemblan las piernas. No es lo mismo cuando le disparan sus amigos, detrás de los macizos del jardín, ¡pum! ¡pum! y mira hacia la ventana. Allí fuera, hacen como que se hieren, luego se levantan y echan de nuevo a correr y no pasa nada. Esto es otra cosa... Le da rabia reconocerlo pero tiene miedo.

De pronto hay como un estallido de luz y Javi se encoge en su escondite bastante asustado.

Como si de un milagro se tratase, inesperadamente, bueno lo de inesperadamente, surge el primero de los delincuentes. Tarda unos

segundos en tomar conciencia de su propio cuerpo, pero nada más adquirida ésta, recupera su mala fe. ¡Claro que ahora es otro, un desconocido, el que tiene la sartén por el mango!

No recuerda a este hombre. Tiene como una nebulosa... pero el que está en la silla, está empuñando su arma. De eso no tiene duda alguna. ¿De dónde ha salido este tipo? Él estaba con su colega en una habitación que más parecía un asilo o una guardería. Tres viejos y tres niños. Pero este pasmao no estaba. Ahora recuerda a la cría, con ella vino, a "pillar" la plata, a esta sala. La cría le miró fijamente y perdió la conciencia. ¡Maldita mocosa! ¿Qué leche le haría...? No recuerda que hubiera alguien más en la habitación... Ahora tiene que encontrar el modo de engañar a este "pringao" y hacerse con la pistola.

Ricardo por su parte no se ha recuperado del susto. A pesar de esperar todo este tiempo a que el delincuente tomase forma, en su interior, nunca acabó de creer que pudiera suceder y aún le parece estar soñando.

El ladrón se acerca cada ve más y él tiene que tomar una decisión. Ricardo lee en los ojos del individuo, lo seguro que está éste de que él no será capaz de disparar. Pero se acuerda de Lali... Tiene que defender a su familia.

—¡Quieto! ¡No se mueva o apretaré el gatillo. —Dice con un hilo de voz.

El otro sigue avanzando muy seguro de si mismo. Lo cierto es que Ricardo, no logra dar a su mirada la impresión de poder hacerlo.

El delincuente alarga su mano para arrebatarse la pistola y Ricardo acuciado por el miedo, hace lo que nunca hubiera querido hacer. Aprieta el gatillo a un paso del blanco.

—¡Clat, clat! —Pero no pasa nada. Entonces Javi casi inconscientemente se incorpora, apunta al ladrón y dispara.

Ricardo confuso no sabe que ha pasado. Está tan nervioso, que no puede razonar. El ladrón se viene abajo, cayendo herido a sus pies. Él apretó dos veces el gatillo, pero sólo se oyó un "clat, clat" y juraría que no salió nada del arma.

—¡Dios mío, le he matado! ¡Le he matado! ¿Ahora qué vamos a hacer?

Javi sale de detrás del sofá con el arma colgando de la mano y corre a refugiarse en los brazos de Ricardo.

—¡He sido yo! ¡He sido yo! —Dice temblando—. ¡Ésta es la de los ladrones! ¡Tú tienes la mía! —Y se miran consternados. El ladrón yace a sus pies y un hilo de sangre brota de su cabeza, tiñiendo de rojo parte de su enmarañada cabellera.

* * *

El abuelo oye el disparo y se apresura no sin ciertas precauciones. Quién quiera que haya disparado, sólo lo ha hecho una vez, —piensa angustiado—. Si ha sido su hijo tienen un grave problema, pero si lo ha hecho el malhechor, están todos en peligro. Por si puede ayudar en algo se dirige a la cocina con intención de coger un cuchillo o algo con qué defenderse. Pero cuando está a punto de coger uno, Alicia que está enfrascada en sus natillas, se vuelve toda enfadada e interpretando mal la acción de su padre, cuchara en ristre le increpa.

—¡Ah...! ¡No! ¡Juegucitos en mi cocina no! —Y le echa con cajas destempladas.

Los dos policías llegan a tiempo de oír que ella pronuncia estas palabras. Han oído el disparo justo cuando llegaban al chalet y están entrando cuando se topan con el abuelo. Don Jacinto confundido, sólo tiene tiempo de llevarse el dedo índice a la boca imponiendo silencio.

—¿Pero se puede saber, qué leche está pasando aquí? —Dice el más fuerte de los dos, cada vez más convencido de que ahí están todos "piraos".

—¡Por fin! ¡Gracias a Dios que llegan! —Dice Don Jacinto—. ¡Ya podían haber venido antes! Ahora puede que alguien esté muerto. Yo bajaba por la escalera cuando se ha oído el disparo. Mi yerno, cuando yo subí a ver a los extraterrestres, se quedó vigilando en espera de que resucitaran los ladrones.

—¡Bueno, no es exactamente la palabra...! ¡Quiero decir... que volvieran a la vida! —Argumenta bastante desconcertado, al reparar en la mirada entre incrédula y amenazante de los policías.

El grueso le toma por la solapa y le acogota contra la pared.

—¿Nos está tomando el pelo?

—¡No, no! ¡Le juro que le estoy diciendo el evangelio!

—¡Vamos déjalo ya! —Dice el delgadito—. ¡Mejor será entrar a ver qué está pasando!

—¡Con cuidado sargento! ¡Son peligrosos! —Explica Don Jacinto dirigiéndose al que resulta ser más amable—. Mi señora y una vecina están en el salón. Bueno, ahí se quedaron cuando yo subí a...

—Ver los extraterrestres. —Termina el más fuerte y robusto de los policías en tono amenazador. El delgadito le apremia y entran por fin en el salón.

Con gran despliegue de torpes movimientos, Julián, el fuerte de los polis hace acto de presencia. Mariano el flaco, más prudente no entra sin antes tomar precauciones. Don Jacinto, el último en atravesar, al no ver allí más que a las dos mujeres, vuelve a llevarse el dedo índice a la boca en señal de silencio, mientras avanza hacia ellas.

—¡Chitsss! ¿Qué ha pasado? ¿Quién ha disparado? —Y los policías tratando de enterarse meten sus cabezas entre Don Jacinto y las mujeres. Pero ellas están tan asustadas que apenas reaccionan. Abren ambas la boca al mismo tiempo, pero de sus gargantas no sale el menor sonido. Están pegaditas la una a la otra como dos gemelas siamesas.

Sólo cuando ve que van saliendo del salón, cuando ya cree que no la oye Don Jacinto, Doña Carlota dice muy bajito pero muy lento al último de los policías, al más fornido:

—¡Oiga! ¡Son dos! Dos marcianos. Los tienen arriba. ¡Yo lo vi todo! —Mientras acciona muy misteriosa.

El policía después de oírla aprieta la boca y mira al techo, mientras de entre sus dientes apretados, se escapa el aire produciendo un ruido muy particular.

* * *

Un instante antes de que aparezcan en la sala, Ricardo ha cambiado la pistola por la de Javi. Le dice al niño que se esconda y guarde silencio.

Cuando por fin entran su suegro y los policías, le encuentran con el arma en la mano, mirando desconcertado al ladrón a un paso de sus pies.

—¡Manos arriba! ¡No se mueva o le frío! —Dice Julián amenazador.

—¡Oiga, no le amenace! ¡Es mi yerno! El delincuente es el que está en el suelo.

—¡Conque el yerno! ¿Eh...? —Y echa una mirada circular muy estudiada por toda la habitación, sin dejar de mirar a Ricardo.

—¿Y esto, no será una maniobra de toda la familia, para ocultar el crimen...? ¡Los hay muy listos...!

—¡Cállate ya Julián y deja que se explique!

—Verá sargento... —Dice Ricardo ya más tranquilo, viendo el distintivo del policía—. ¡Acabo de disparar en defensa propia!

—¡Bueno, eso es lo que se dice siempre! —Salta el cabo.

—¡Es la verdad, sargento! ¡Yo sólo trataba de defenderme! —Dice dirigiéndose a ambos—. Mi suegro y mis hijos estaban aquí a merced de ellos, cuando yo llegué de viaje.

—¡Ah sí! ¿Y de dónde venía? —Pregunta el cabo.

—Bueno, no llegué a marcharme. Cuando estaba a punto de tomar el avión me arrepentí y volví con mi familia.

—¡Qué raro! ¿No...? Insiste antipático.

—¡Déjale hablar! ¡Si no, no acabaremos nunca!

Ricardo agradece las palabras del sargento y comprende que será casi imposible que entiendan lo sucedido. También a él le fue difícil creérselo, por más que se lo dijeron. Ahora el sabe que es totalmente cierto, pero ¿cómo encontrar las palabras justas, para que parezca verosímil?

—¡Bien, acababa usted de regresar y...! —Le ayuda el sargento.

—¡En realidad yo no presencié nada! ¡Cuando llegué ya había sucedido lo peor!

—¡Ah! ¿Pero es peor todavía...?

—¡Cállate Julián! —Y guardando la compostura—. ¡Cabo!

El cabo se cuadra y después mira venenoso a Ricardo.

—¡Mi hija...!

—¿Qué edad tiene su hija? —Le interrumpe.

—¡Seis años, sargento! Lali tiene seis añitos. Pero ella sola les trajo a esta habitación y con ayuda del Talismán les hizo desaparecer para salvar a toda la familia.

El sargento toma aliento muy reconcentrado, como queriendo mantener la calma y seguir siendo ecuánime mientras le observa con detenimiento, creyendo ver en él un atisbo de locura.

El cabo haciendo un poderoso esfuerzo por mantenerse callado, pero moviendo los ojos y cabeza como diciendo: —¡Ves...! ¡Lo que yo te decía!

—¡Dios mío! —Recuerda Ricardo de improviso, sobresaltando a todos.

El delincuente, sin que ellos se percaten empieza a mover un ojo.

—¡El otro tiene que estar a punto de aparecer! ¡Abuelo! —Dice a su suegro—. ¡Llévate a las mujeres con los niños arriba! ¡Que no entre Alicia! ¡Que esa no se entera de nada!

El cabo que tampoco se entera. Entre comprensivo y molesto.

—¡Comprendo que esté afectado! ¡Pero hable claro! ¡No hemos entendido nada! ¿Qué es eso del Talismán? ¿Qué quiere decir con eso de: les hizo desaparecer...? ¿Y por qué dice ellos? ¿Por qué habla en plural?

—¡Son dos mi sargento! Lali hizo que se esfumaran, uno detrás de otro. ¡Es tan pequeña...! —Y mira arrobado a un punto.

Los tres siguen el punto, como embobados, incluido el abuelo que suspira, pero vuelven en sí con la voz de Ricardo.

—¡Así que no tardará mucho en aparecer el otro! ¡Hay que estar atento!

—¿Pero, por dónde tiene que aparecer...? —Dice el sargento moderadamente neurasténico.

—¡Pues, es que hay que verlo.! —E ilustra arqueando sus brazos desde el estómago hacia lo alto, al tiempo que resopla.

—¡Vamos... que surge de la tierra! —Dice el cabo incapaz de mantenerse callado.

—¡Por ahí! ¡Por ahí...! —Agradece Ricardo mientras agita su mano.
—¡Julián! —Clama el sargento, mientras mira al dueño de la casa con aprensión.

En esto Alicia que entra en la habitación. Lo primero que ve, la nariz, los ojos y las antenitas de marciano de Javi, que al oír pasos se ha apresurado a mirar temblando de miedo. Se oculta inmediatamente como le dijo Ricardo, por lo que sólo le ve ella. A continuación, a su marido que sigue con la pistolita, bueno con el pistolón, dos señores, por cierto muy disfrazados, que casi parecen policías y a un idiota tirado en el suelo, con un hilito de sangre y el cabello hecho una pena... El del suelo, haciéndose el muerto sin que nadie le tome en cuenta... Y el que faltaba... ¡Su padre! ¡Vamos, que es de película...! Su padre con la edad que tiene... haciéndole el juego a toda esta camarilla.

Se le queda mirando sin ningún respeto y le pregunta: —¿Y tú de qué haces...? ¡Ay, Señor! —Mientras levanta la mirada al techo. Le da tanta rabia que hace intención de marcharse, pero se vuelve a mirarles y dice: —¡Mientras no vea el mantel en la mesa hoy no come nadie!

Y va relatando por el pasillo. —¡Si es que cada vez son más!

Al atravesar el salón repara en Doña Carlota y su madre, que están como muertas de miedo.

—¡Y estas dos pánfilas serán las buenas, claro! —Y al salir da un portazo.

Todo ha sido visto y no visto. Con la aparición de Alicia, se han quedado con la boca abierta. En realidad sólo ha dicho dos frases, pero el sargento saca sus conclusiones... Julián, por una vez tiene razón. Aquí están todos como cabras... Llamaré a los loqueros.'

—¡Oiga Señor! ¡Tranquílcese! Voy a telefonar, si no le importa. —Dice supercondescendiente.

Ricardo algo escamado, alarga la mano indicando dónde se encuentra el aparato.

—¿Quiere que le marque...? —Al verle temblar la mano.

—¡No, no! ¡Gracias, muy amable! —Mientras sin perderlo de vista, trata de no ser oído.

Cuando intenta girarse, un estallido de luz, algo nunca visto, sorprendente y deslumbrante, hace que el teléfono escape de sus manos por la fuerza del impacto y como por arte de magia, surge sin más, contra toda razón, un hombre mal encarado. Aunque Ricardo haya visto al otro aparecer, no por ello queda menos impresionado... Pero el abuelo y los policías no salen de su asombro.

—¿O sea...? ¿Que era cierto...? Que aparecen y desaparecen como si de apretar un botón se tratara... y eran dos... como habían dicho.

El cabo se pellizca incrédulo y mientras reaccionan, el malhechor, más rápido agarra a Don Jacinto por el cuello y les dice seco: —¡Si no sueltan las armas, le rebano el cuello! —Y en sus manos tiene una navaja que acerca peligrosamente a la garganta del abuelo.

Todos se resisten a soltarla.

—¡No seas tonto chaval...! ¡Como le toques no vas a contarlo! ¡Déjale ya!

—¡No pienso soltarle! ¡Si disparan me lo llevo por delante...! ¡Vamos, dejando las pistolas!

El primero en tirarla es Ricardo. Luego uno a uno, ante la fría mirada del fascineroso, también la van dejando los policías. Despacio en el suelo.

En este momento, cuando acaban de depositarlas en el parquet, un pequeño ruido les hace volverse hacia el que suponían muerto. Sólo estaba herido. Está empezando a recuperarse.

Javi aprovecha el momentáneo distraimiento de todos los presentes, para situarse detrás del que amenaza a Don Jacinto. Como un gran estratega, va trasladándose de un sitio a otro, ante la mirada atónita de Ricardo, que tiene ocasión de ver todos sus movimientos.

Los policías en otra posición que éste, no pueden verlo.

Ahora, cuando acabe de recuperarse el otro, estarán perdidos, piensan para sí, cada uno de ellos; pero en ese instante, Javi avisado decide que es el momento de actuar... ¡Eso sí, a su manera...!

—¡Manos arriba bellaco! ¡Suelta la navaja o te traspaso las tripas...! —Dice como si estuviera jugando, tal como lo ha visto en las películas. Y presiona la espalda del sujeto fuertemente con la punta de su pistola de juguete.

Pero el ladrón no lo sabe. Había abandonado la guardia por mirar al colega y como las armas ya estaban en el suelo, le ha pillado de sorpresa. Don Jacinto se escurre aliviado de entre sus manos y él tira la navaja maldiciendo.

—¡Mecagüen...! —E intenta volverse.

—¡Ni te muevas tío! —Dice autoritario Javi.

Ricardo se inclina tratando de alcanzar la suya, sabedor del gran peligro que corren.

—¡Cógela tú, idiota! —Le dice el ladrón al compañero que ya se va recuperando.

Los dos lo intentan al tiempo. El otro, que la tiene más cerca, la coge antes y Ricardo se sobresalta. Pero nada más cogerla, dice: —¡Ésta es de juguete tío! ¡La que tiene el chico es la buena! ¡Él fue quien me disparó! —Y la suelta.

Ricardo se abalanza a por ella, cosa que nadie más que Javi entiende y una vez que la tiene, se sitúa detrás de el que acaba de levantarse, apuntándole en la espalda a la altura del corazón.

—¡Vamos sargento... cabo! ¡Póngales las esposas antes de que se vuelvan a escapar!

Los policías han pasado de una a otra emoción. Aún no se han recuperado de ver aparecer, de la nada, a ese desconocido. En segundos les ha desarmado... y ahora, uno que no levanta dos palmos del suelo, un crío, el tan cacareado extraterrestre, les acaba de salvar a todos. O sea, que no estaban locos... Y ellos que han estado a punto de llamar a los loqueros. ¡Claro que...! ¿Quién puede creerse algo semejante si no lo ve con sus propios ojos? ¡Anda, que cuando lo cuenten en comisaría!

Y con mucho gusto les van poniendo las esposas a los delincuentes, mientras estos no dejan de soltar improperios y amenazas.

Lo más emocionante de todo, es cuando descubren que la pistola del niño, es de juguete.

Arriba Lali, después de intentarlo varias veces sin éxito, se para a pensar qué hizo la primera vez, que no haya hecho la segunda. Y de pronto le vienen a la mente las natillas... ¿Y si fuesen las natillas capaces de atraerlos...? ¡Les gustan tanto! Por probar no pierden nada.

La niña le pone a Raúl al corriente de todo lo concerniente a sus amigos y le pide que baje a por una fuente de natillas, procurando que nadie le vea.

—¡Ten cuidado Raúl! —Y se despiden con un beso.

Raúl baja deprisa las escaleras. Sin hacer ruido pero lo más rápido que puede. Entra en la cocina, en un momento en que mamá ha ido al offic para cojer algo y él aprovecha para llevarse una de las fuentes de natillas, que reposan sobre la encimera.

Vuelve a subir la escalera a toda pastilla, teniendo en cuenta lo que transporta.

Lali abre cuando oye el roce acordado en la puerta y esperanzada deposita la fuente del sabroso postre al borde de la cama. Se sientan los dos en el suelo a ver qué pasa, con los codos en las rodillas y las manos en las mejillas.

No han transcurrido tres minutos, cuando la habitación se inunda de esa luz maravillosa que ella ya conoce. Raúl se queda extasiado. Es algo tan indescriptible, tan suave y luminoso a un tiempo, que no sabrá después explicarlo, pero que hace que su corazón vuele al infinito.

De pronto dos seres resplandecientes, poco más altos que ellos hacen su aparición y Raúl siente una sensación de paz y relajamiento, de curiosidad armónica por lo desconocido.

Los hermanos se miran felices entre sí. Saava y Olam después de comunicarse telepáticamente con su amiguita se lanzan a un tiempo sobre la fuente de las natillas. Nuestros amigos disfrutaban de la escena y aplauden con sordina. Están tan contentos, que momentáneamente se han olvidado de los ladrones y de todo lo que está sucediendo abajo. Pero la voz del abuelo les devuelve a la realidad.

—¡Lali! ¡Raúl...! ¡Niños! ¡Ya podéis bajar! —Dice desde el inicio de la escalera. Lali asoma por la puerta, después de alertar a sus ami-

gos para que se escondan. Los pequeños Saava y Olam, piensan lo difícil que es vivir en este planeta. —¡Jo! ¡Todo el día escondiéndose! ¡Con lo complejo que es volver del vacío después de desintegrarse!

—¡Ya bajamos abuelo! —Responde la pequeña—. ¡Espera un momentito!

—¡Bueno! ¿Qué hacemos ahora? El abuelo no os ha visto pero... pero ya sabe que existís. A papá para que vigilase a los ladrones, se lo he tenido que decir, así que la única que no lo sabe es mamá. ¡Tendremos que decírselo a ella...! Pero poco a poco... ¡Es que si se lo decimos de golpe no sé que pasará! —Les aclara a sus amigos.

—¡Si el abuelo nos llama, —dice Raúl—, es que ya ha pasado el peligro! Así que baja tú y yo me quedo con ellos. Tú se lo explicas mejor. Luego me avisas para la comida.

Lali les dice a sus amigos que su hermano se quedará con ellos, que pueden estar tranquilos con él. Ellos la estrujan cariñosamente, antes de que baje, demostrándola todo lo que la quieren y la niña se muestra emocionada.

—¿Abuelo, vino la policía por fin...? —Pregunta una vez llega abajo—. ¿Aparecieron de nuevo los hombres malos...?

Don Jacinto le pone al corriente de todo lo acaecido y le felicita por como actuó.

—¡Tú nos salvaste a todos nena! ¡Todavía no puedo creerme lo valiente que fuiste...! ¿Sabes... mamá aún no se ha enterado de nada? Yo creo que piensa que estamos jugando.

—¡Mejor! Así se ha ahorrado asustarse. Mamá se puso muy triste cuando papá salió de viaje, ¡abuelito! ¿Por qué papá se va a trabajar en domingo...?

—¡Bueno, yo creo que eso habrá que arreglarlo...! Aunque me da en la nariz, y se lleva la mano al apéndice, que no le van a quedar ganas de salir, después de lo de hoy.

—¡O sea...! ¿Que tú crees que servirá para algo? Pregunta Lali.

—¡Pues parece ser que sí! Bueno, ya hablaremos después. Tu madre está que trina porque no encuentra el mantel. ¡Vamos a buscarlo! Justo cuando entran en el salón, vienen los policías con los dos

ladrones ya esposados. Don Jacinto como queriendo proteger a la niña, se aparta y la aprieta contra si, tratando de evitar que ella les vea. Pero Lali se vuelve valiente a mirarles y los delincuentes cuando parece que la fueran a atacar, de pronto sienten como un profundo escalofrío.

Las ancianas cada vez que parecen recuperarse, vuelven a ver a alguien que las sobresalta, en este caso a los ladrones, que las deja de nuevo postradas.

Lali y su abuelo ya en la sala se unen a papá y Javi que también buscan el mantel por cada rincón de la habitación.

—¡Qué raro! ¿Dónde puede estar...? Si él, refiriéndose al último de los chorizos, lo tenía entre las manos cuando desapareció... Pero por más que buscan, no aparece.

Alicia está en la cocina con todo a punto para servir la mesa. Revuelve un cajón donde suele tener las mantelerías. No da con lo que busca. Mira en la lavadora, la ropa sucia que a veces meten los niños y busca y rebusca por si estuviese allí... De pronto la cocina se inunda de luz y piensa: —¡Ya están todos con las linternitas de las narices! ¡Para linternitas estoy yo...!

—¿Es esto lo que buscas...? —Dice una voz extrañamente modulada—. Se vuelve rápidamente y se le quedan los ojos como platos. Dos seres extraños, como jamás ha visto en su vida, altos y hermosos, la entregan el mantel y a continuación desaparecen misteriosamente envueltos en un haz de luz.

Intenta abrir la boca para gritar pero la va cerrando poco a poco, mientras mira incrédula en todas direcciones. Después sale echando chispas en dirección al salón y se dirige a su madre y doña Carlota.

—¡No os vais a creer lo que me acaba de pasar! —Muestra temblando el dichoso mantel.

—¡Sí, que te lo acaban de traer los extraterrestres! —Suelta Doña Carlota con una voz carente de inflexión, que parece venir de muy lejos. Como si lo que dijese no tuviese la menor importancia.

—¡Ah...! ¡Cómo lo sabe...? —Pregunta Alicia estupefacta.

—¡Lista que es una! —En el mismo tono, como ida.

—¡Eran altos, altísimos!, y señala muy sobre su cabeza. —La de-

tiene la mirada de su madre que la mira como si ella estuviera desbarrando. Pero algo dolida, pasa de ella y se dirige a Doña Carlota.

—¡Pero que muy altos, créame!

—¡Entonces, nos están invadiendo...! ¡Yo los que he visto eran bajitos. —Dice para si doña Carlota.

Alicia mira bien a su vecina. Duda si estará burlándose de ella, pero de repente ve a Javi y asocia el disfraz del niño a lo que están hablando.

—¡Ah...! —Dice Alicia como cayendo en la cuenta—. ¿Se refiere a este...?

—¡No! ¡Que va...! —Exclama. Y bajando la voz, mientras le hace a ella bajar la cabeza—. ¡De los otros...! ¡Los hay así! —Y mueve nerviosa los dedos de su mano derecha.

Alicia mira fijamente a su vecina. Vuelve la mirada a su propio interior, mientras piensa que esto debe ser como eso que dicen de la histeria colectiva. De pronto, recuerda a Ricardo cuando hizo su aparición por la escalera, poco antes de marcharse. Él bajaba seguro de ir completamente vestido, cuando en realidad sólo llevaba puestos los calzoncillos.

—¡Dios mío, nos estaremos volviendo todos locos...!

Javi la vuelve a la realidad, tirando de su falda mientras pregunta: —¿Dónde estaba...? ¡Llevamos buscándolo un buen rato! —Refiriéndose al mantel.

—¡Pues verás, no te lo vas a creer...! —Y cuando hace intención de hablar, aparecen su padre, Ricardo y Lali. Se lo piensa mejor y se calla de repente, mientras oculta el mantel tras de sí.

—¡Mamá, mamá! ¡Tengo que decirte algo muy importanté!

—¡Vale nena! ¡Ya me lo dirás comiendo! —Haciendo intención de irse.

—¡No! ¡Tiene que ser ahora!

—¿Y...? —Dice sin prestar atención, pues no quiere dar explicaciones sobre el dichoso mantel.

—¡Mami...! —Lali no sabe como decirlo—. ¡En mi habitación tengo dos nuevos amiguitos! ¿Puedo invitarles a comer?

—¿Dos más...? ¡No nos va a llegar la comida! —Dice preocupada, por todos los que cree que son.

—¡Mamá, estos sólo comen natillas!

Cuando ha empezado a caminar, repara en lo de las natillas y mira a la niña como extrañada... entonces Lali sin dejarle pensar, aprovechando el lapsus, tira de su falda y dice: —¡Mamá...! ¡Es que mis amiguitos... son...

Y Alicia remata, mientras se aleja, como si fuera pensando en otra cosa.

—Extraterrestres.

La niña se abraza al abuelo y a su padre llena de alegría y Javi se une a ellos.

—¿Es que ya les habrá visto...? —Dirigiéndose a todos extrañada.

—¡Sí! ¡Acaba de ver dos altísimos! —Responde Doña Carlota, mientras aguarda la reacción de todos.

—¿Altísimos? ¡Ahhh...! ¡Altísimos! —Dice Lali, mientras salta de contenta.

El abuelo, papá y Javi que no saben lo que pasa por su mente...

—¿Qué importancia tiene el tamaño nena? —Preocupadísimos.

—¡Humm!, que si la tiene... —Responde la vecina—. ¡Los hay pequeños, altísimos... —Cada vez más misteriosa. Y cuando les tiene a todos inclinados para escucharla—. ¡Bueno, más o menos como nosotros...! —Como quitándole importancia, después de pensárselo mejor.

—¡Basta, Doña Carlota! —Esta pone cara de circunstancias.

Ricardo apiadado de su vecina y del tono cortante que ha utilizado, rectifica lo más educado que puede.

—¡Lo siento! ¡Es que llevamos un día...! ¡Bueno, Ustedes sobre todo! ¿No le apetece ir a su casa a echarse una siestecita...?

—¡Eso, eso! —Apostilla Don Jacinto.

—¡De ninguna manera! ¿A mi casa sola...? —Dice con la mente puesta en la invasión—. ¡Hijo, me quedo a vivir con vosotros!

—¿Queee...? —Dicen todos a una sin disimulo—. ¡Dios mío!, piensan para sus adentros. El resto de sus vidas con doña Carlota en casa.

Lali corre escaleras arriba en compañía de Javi. Llegan al rellano, toman aire y van directos a la habitación. Llaman sin disimulos, enérgicamente. Una vez dentro, Raúl que ya se ha hecho muy amigo de Olam y Saava, les dice que salgan de su escondite. Van saliendo graciosamente.

La pequeña les cuenta que van a comer todos juntos. Ellos se sobresaltan, pero la niña les dice que ya está todo solucionado. Lo saben sus padres, sus abuelos, bueno, no está muy segura de que la abuela se haya enterado de algo, pero ella confía en que una vez les conozcan, su familia quedará encantada. Así que al ratito van todos cogiditos de la mano escaleras abajo.

Cuando hacen su aparición en el comedor, todos están ya sentados menos mamá. Mientras los niños estaban hablando arriba, los hombres han ido poniendo la mesa y ahora sólo falta que aparezca ella trayendo la sopa. Justo cuando ellos comienzan a entrar por una puerta, mamá aparece con una gran sopera por la otra, cercana a la cocina.

—¡Paso, paso!, dice con los ojos fijos en la humeante comida que transporta, al oír el murmullo de los chicos. Todos miran en dirección a Alicia y ésta entonces levanta los ojos. Al ver a los niños acompañados de aquellos seres resplandecientes, como los que ya viera en la cocina, de la impresión, la sopera se le escurre de las manos y se viene abajo estrepitosamente.

Las miradas de todos los presentes, giran siguiendo los asombrados ojos de mamá que además se queda sin respiración.

Papá y el abuelo, a pesar de estar al corriente, no creen lo que están viendo. A la abuela le da un soponcio y doña Carlota como si hablara con todos y con nadie...

—¿Ve...? ¡Ya van llegando, ya van llegando...! —Mientras su mirada vaga entre los asistentes.

Olam y Saava ponen carita de no haber roto en su vida un plato y en un impulso ambos extienden sus manos en dirección a los pies de Alicia que rebosan de caldo de fideos.

Milagrosamente, como a cámara lenta, la sopera se reconstruye y líquido y fideos retornan a las manos de la asombrada Alicia.

Como si al tiempo de reconstruir lo derramado, hubiesen deseado atraer la armonía, todos, niños y adultos incluida Doña Carlota, sienten una paz en sus almas que les abre al entendimiento.

Los primeros asombrados son Saava y Olam. Se miran entre ellos jubilosos, observan sus dedos y dicen alegres y esperanzados dirigiéndose a Alicia.

—¡Amiga! ¡Nosotros retomamos fuerza! Otra vez poderes en nuestras manos. ¡Nuestros mayores estar cerca!

Lali recuerda ahora lo que dijera mamá hace poco en el salón. ¡Extraterrestres...! Y lo de altísimos que dijo Doña Carlota.

—¡Mami! ¿Tú les habías visto antes...? —Y señala a sus amigos—. Mamá atolondrada... —¡Sí! ¡Es decir...! ¡No! ¡Aquellos eran muy altos!

—¡Muy altos! —Exclama la niña alertando a sus amigos.

—¡Muy altos! ¡Papá! ¡Mamá! —Dicen arrobados.

Y con su aptitud se abre una luz en las mentes de los mayores. Lali les explica, ahora mejor y más tranquila, la odisea de sus amiguitos. Que están perdidos... que tienen miedo... y sobre todo que están hambrientos.

—¡Pues no se habla más! ¡A comer! —Dice la abuela sorprendiendo a todos por romper su mutismo. Claro que las emociones le tienen que haber dado un gran apetito y está loca por meter la cuchara en el plato. Ella ya pasa de todo, lo único que quiere es comer y que se dejen de tantan gaitas—. ¡Jesús! Pues ni que no hubieran visto nunca un extraterrestre... Con la cantidad de ellos que salen en la tele...

Los niños ocupan sus lugares a la mesa. Lali se sienta entre ambos para darles confianza y Raúl y Javi a cada extremo de estos.

Alicia va sirviendo la sopa en los platos, algo estiradilla, como en guardia, cuando le llega el turno de servir a los marcianos, como ella los llama en su interior, pero la mirada cálida de Olam, mientras le dice: —¿Mamá...? —Amorosamente interrogante—, la desarma por completo.

A continuación Saava mira el contenido del cazo y con cierta desilusión, eleva interrogante sus increíbles ojos hacia arriba.

—¿Nooo... natillas? —Al tiempo que agita su cabeza levemente de un lado para otro.

En Alicia se enciende una lucecita, comprende de pronto todo sobre las natillas y ya más en plan madre responde:

—¡Sí! ¡Pero primero la sopa! La-so-pa. —Y ante el asombro de todos se ve delectando como si ella misma fuese una extraterrestre.

Saava y Olam cierran sus puñitos alborozados y agitándolos dicen mientras suspiran a su manera.

—¡Ahhh... Natillas...!

Los demás ya completamente relajados ríen contagiosamente al tiempo que Saava y Olam entran a saco con el caldo. Después que han vaciado sus platos, más rápidos que el resto, se miran entre ellos, se consultan con los ojos como dos buenos gourmet, volviendo a mover la cabeza, de esa forma tan característica.

—¿Sopa...? ¡Sooopa! —Dicen complacidos.

La dueña de la casa les mira, hinchándose como siempre que un comensal que se precie, educado, halaga el buen hacer de la anfitriona. Dirige una mirada al grueso de la familia, incluida Doña Carlota, con cierto reproche mientras piensa: —¡Esto son personas!

De segundo ha confeccionado sus deliciosas tortitas de espinacas, con miga rayada, taquitos de queso, huevos batidos y rodajitas de salchichas, con la esperanza de que algún día los niños lleguen a apreciarlas... Como creía que iban a ser tantos a comer y las tortitas cunden una barbaridad...

Cuando las deposita sobre la mesa todos miran al centro y los niños, incluidos los forasteros, que copian, se aupan dada su estatura para ver mejor. Después con un ¡oh! de desilusión dicen desganados al tiempo que vuelven a ocupar sus asientos.

—Espinacas.

Un segundo después, ambos siguen copiando.

—Espinacas. —En el mismo tono. Pero nada más probarlas, se vuelven a mirar entre ellos.

—¡Humm espinacas...! —Y atacan de nuevo devorándolas.

Lali, Raúl y Javi contagiados tiran un bocadito primero como intentando encontrar algo y después como si las hubieran descubierto... Todos a una...

—¡Qué buenas están!

Los mayores ríen con agrado mientras Alicia piensa: —¡Esto son personas!

* * *

—Y ahora... —Dice Lali una vez llegada la hora del postre—. ¡Ahora vienen las natillas! —Dirigiéndose a sus amiguitos.

—¡Natillas, natillas! —Repiten alborozados, dando muestras de gran excitación... Y mamá relajada y feliz como si les conociera de toda la vida...

—¡Sí, pero antes ayudadme a recoger todos esto!

Saava y Olam pensando en comerlas cuanto antes alargan ambos brazos en dirección a la cocina y en un santiamén, los platos, cubiertos, fuentes y todo cuanto habrían de transportar, vuela solo hacia allí, ante la mirada incrédula y maravillada de todos los presentes.

Antes de que se hayan repuesto de la sorpresa, se ven venir las tres fuentes de dorado postre, que aún quedaban en la cocina.

—Natillas, natillas! —Exclaman relamiéndose anticipadamente—. Las comen con fruición una vez servidas al tiempo que son observados por la mayoría. Al terminar ponen una carita que es todo un poema, Fruncen la boquita, como si fueran a proyectar un beso, mientras suena algo sí como el ruido de un tapón al descorchar. El equivalente a decir: —¡Shapeau!

Un rato después pasan todos al salón. Los niños corren hacia el televisor. Saava y Olam lo miran y tocan con curiosidad. Lali lo enciende y todos se acurrucan formando un círculo para ver dibujos animados.

Los mayores hablan sobre los extraños visitantes y el abuelo llama a su nieta, para pedirle les enseñe el objeto con que hizo desaparecer a los ladrones, mientras cuentan a Alicia, todo cuanto ha acontecido en la mañana.

Lali se lo deja ver a todos y luego lo deposita en el regazo de la abuela para volver con los niños.

Al rato Alicia sale del salón. Los hombres hablan de encontrar el modo de ayudar a esos extraños seres a que se reúnan con su gente, mientras las señoras, del ajeteo de la mañana acusan el cansancio y se van quedando traspuestas.

La abuela semidormida se abandona un poco en el sillón y el Talismán resbala lentamente de su falda hasta caer por los resquicios del asiento y desaparecer.

Saava y Olam, llenita la panza, se han ido quedando dormidos. Para protegerse el uno al otro, duermen abrazaditos en el suelo apoyados en el rincón de un mueble. Lali, Raúl y Javi siguen atentos con la mirada puesta en el televisor.

En ese momento aparece una locutora dando un adelanto de las noticias.

—Hoy han sido detenidos y puestos a disposición judicial dos de los tres delincuentes que se habían fugado de la Penitenciaría. Fueron cogidos "in fraganti" en un chalet de la Urbanización "La Florida". Al ser interrogados, cuentan que fueron hechos desaparecer...

Todos han prestado atención al comentario de la locutora.

—¡Papá, han dicho tres! —Observa la niña.

Papá y el abuelo dan un paso, pensando... Hay que cerrar esa puerta... Pero justo en ese momento un individuo, con evidentes signos de esquizofrenia, extremadamente delgado, pómulos salientes y barba de varios días, se planta en la puerta al tiempo que dice amenazante.

—¡¡Qué nadie se mueva!! —Y su voz cortante como el filo de la navaja que empuña, no deja lugar a equívocos.

—¡A ver tú...! ¡Ven aquí! —Señalando a Lali que le mira sin pestañear.

Lali está recordando, después de tocarse el bolsillo, que el Talismán se lo entregó a la abuela. —¡Dios mío! ¿Cómo poder recuperarlo...? Necesitaría acercarse a ella.

El abuelo y papá telepáticamente siguen el hilo de sus pensamientos y todos miran el regazo de esta.

—¡Señor! —Piensan ellos—. ¡Ha desaparecido! Sobre la ropa de la abuela, no hay rastro del Talismán. Lo único que podría sacarles de esta desesperada situación.

La niña piensa que si alerta a sus amiguitos, que a la sazón reposan tranquilamente dormidos en el rincón del mueble, pueden correr peligro. Ahora están ocultos a la mirada de ese hombre peligroso y para no dar lugar a que se acerque más, avanza hacia él. Al llegar a la altura de su abuela hace intención de abrazarla, con el ánimo de rebuscar el Talismán. No da con él por más que tantea.

—¡Vamos! ¡No te va a servir de nada! —Dice impaciente.

—¡Y tanto! ¡Como que no lo encuentra! —Piensa angustiada.

Papá y el abuelo también dan un paso en dirección al individuo tratando de que la niña no se le acerque. Pero la voz áspera del hombre les para en seco.

—¡Quietos! —¡He dicho que la cría!

Lali avanza ya sin titubeos. Con todo el trasiego de la mañana han comido tarde. Bastante tarde. Luego el tiempo que llevan junto al televisor y la conversación.. Ahora comienza a oscurecer. La niña dirige sus ojos a la ventana y aunque aún es pronto, busca en el cielo una estrella. No sabe porqué pero dirige allí su llamada de socorro. Una llamada intensa, vibrante... desde el alma. ¡Tiene que pasar algo! Tiene que ocurrírsele alguna cosa... Y se le ocurre.

—¡Yo sé donde hay una pistola...! —Y espera expectante la reacción del delincuente, sin dejar de mirarle al tiempo que presiona sus labios fuertemente.

La reacción es inmediata.

—¿Que dices que sabes dónde hay una "pipa"...?

Ella desconocedora del lenguaje de estos individuos se encoge un poco desconcertada, pero enseguida...

—¡Sí! ¡También sé donde está la pipa del abuelo! Hace tiempo que no fuma. —Y se lleva los deditos a la boca en aptitud de fumar.

—¡Déjate de coñas! ¿Dónde está la pistola?

—¡En la sala! —Lali sólo está tratando de hacer tiempo, haber si mientras tanto a los grandotes se les ocurre algo; pero Ricardo y el abuelo de puro miedo que sienten, de que este hombre pueda dañar a la niña, son incapaces de pensar.

La abuela ya duerme a pierna suelta. Doña Carlota no se sabe si

traspuesta o sabiendo lo que está pasando, deja escapar como si soñara...

—¡Yo ya no me preocupo! Al final estos marcianos lo arreglan todo.

Javi y Raúl son los más lúcidos; sobre todo Javi con su experiencia anterior. Raúl siente miedo y dentro de su miedo una admiración que jamás había sentido por su hermana. Ahora sabe lo mucho que la quiere. Lo que vale.

Javi lleva sus ojos a la cartuchera vacía. ¿Dónde estará su arma ahora...? ¿Quedaría en la sala al final o la recogería alguno de los policías creyendo que era la auténtica? ¿Y si hubiesen cogido la suya tomándola por la verdadera...? Entonces en la sala aún estaría la de los ladrones... Y si Lali aparece con el loco y la pistola de verdad todavía será peor.

Abismado en estos pensamientos no cae en la cuenta, del verdadero propósito de su amiga. Dejarles tiempo para despertar a Olam y Saava, que con sus poderes, podrían salvar la situación. Así que cuando cae en ello es demasiado tarde.

Entretanto en la sala, Lali pide al cielo interiormente que si aparece el arma no sea la buena, mejor dicho, la auténtica, porque un arma, piensa ella, nunca lo es.

Confía en que los policías, que son los que saben de eso, se la hayan llevado junto con los ladrones; claro que no tiene nada seguro. Pero entre quedarse allí en el salón todos parados a merced de este hombre...

Si al final regresan con la mala, bueno, con la de juguete, la cosa no habrá empeorado y entre tanto algo se les habrá ocurrido a papá, el abuelo o a Javi. Sí, porque en lo que puedan hacer la abuela, Raúl y Doña Carlota no tiene mucha confianza.

—¿Estarán ya despiertos sus amiguitos...? ¡Madre mía...! —Y esto le hacer recordar a mamá—. ¡Ay Dios! Que no se le ocurra aparecer por el salón.

Lali, dando tiempo, busca lo más lento que puede, hasta desesperar al ladrón.

—¡Bueno! ¿Hay o no hay pistola...? ¡Me estoy hartando! —Y coge un objeto de adorno de sobre un mueble y se lo mete descaradamente, según Lali, en sus sucios bolsillos.

—¡Jolines con estos...! ¡Siempre se están hartando...! Más harta está ella, que vaya día que lleva haciendo de mayor. —Ella lo que quiere es ver sus dibujos animados de todas las tardes, irse prontito a la cama y no estar todo el día preocupándose—. ¡Que menuda preocupación...!

Detrás del sillón donde Javi estuvo escondido aparece el cañón del arma. Se ve que el niño la debió guardar allí para que no se la llevasen los policías. Cuando va a decirle, ¡está aquí! la mano sucia y huesuda del tipo, la aparta sin contemplaciones al tiempo que dice:

—¡Quita! y hurga ansioso hasta sacarla del todo.

—¡Huy, qué rabia...! ¡Si ella fuese mayor ya le daría al bestia éste...! ¿Por qué todo el mundo abusa de los pequeños...? Y más estos que se llevan las cosas de las casas. Luego cuando no tienen navaja o pistola no valen "pa ná". Será por eso que tienen tantas ganas de tenerla. ¡Ojalá y sea la de juguete "paque" se "chinche"!

Una vez la tiene en las manos, Lali ve como le brillan los ojos y se le tuerce la boca. Ahora parece otro hombre, como con más seguridad. Se ríe sarcásticamente.

—¡Vamos tú! ¡Andando...! —Y la empuja.

En el salón el tiempo ha pasado lento para los mayores, ante el temor de lo que pueda sucederle a la niña. En cambio para Javi, que no ha dejado de pensar, como sabemos, los minutos han volado y justo cuando siente los pasos que se acercan, procedentes de la sala, es cuando él está zarandeando a Saava y Olam. Pero nada... Están profundamente dormidos. ¡Qué tonto ha sido!

Lali entra seguida del malhechor que ya viene armado. Javi mira la pistola y por más atención que pone, entre la distancia que les separa y que eran tan parecidas, no logra salir de dudas.

El desgraciado, ante la angustia de los presentes hace un juegucito de habilidad, para terminar mostrando el arma a todos muy ufano. Después cambia la torcida sonrisa por una mueca y en un tono ame-

nazante y autosuficiente, dice: mientras va apuntando a cada uno de ellos.

—¡Quiero que tú, —deteniendo el cañón del arma en Ricardo— me des, pero pitando, todo lo que haya de valor en esta casa! ¡Pero ya!, o de lo contrario...

—¡Vale! ¡No se ponga nervioso! ¡Tranquilícese! Yo le daré todo lo que tengo, pero deje a los niños, —e innecesariamente añade—. ¡Por favor!

—¡Huy papá, que éste no entiende de eso! —Piensa Lali.

Será posible que no se les haya ocurrido buscar el Talismán, ni despertar a sus amigos. Hay que ver que "paraos" después del miedo que ha tenido que pasar ella, estando sola en la sala con él... Si se atreviera... le dan unas ganas de darle un patada en las espinillas... pero cualquiera... si luego le da por disparar... ¡Si ella estuviera segura que es la de Javi!

—¡Vamos, menos labia que se me acaba la paciencia! —Dice el ladrón dirigiéndose a Ricardo.

Este saca su cartera y el abuelo también hace lo propio. Las manos de Ricardo tiemblan aún más que las de su suegro, cuando extraen el dinero y se lo alargan al desconocido.

Este lo cuenta avaricioso y parece ser que no queda satisfecho. —¡Ya estáis dándome más! ¿Os creéis que soy tonto...? ¡Aquí tiene que haber más pasta!

En ese instante se oye la voz de Alicia desde la cocina, que grita...

—¿Vais a querer pasta para cenar...? —Sí, para pasta estamos nosotros, piensa Lali para sus adentros.

—¡Dios mío! ¡La que faltaba! ¿Por qué se le habrá ocurrido hablar? —Piensa su marido.

—¡Por Dios, que no venga! —Piensa Raúl.

En este momento la abuela termina su siestecita, quizás debido a las voces de Alicia. Al ver los rostros de todos los que tiene enfrente vuelve la cara y exclama como aburrida.

—¿Pero otra vez...? ¿Es que todos los que se escapan de la penitenciaría tienen que venir a para aquí...? ¿No se los había llevado la policía...?

—¿De qué habla la vieja? —Inquieta mientras mueve el arma el individuo, cada vez más nervioso.

Antes de que la abuela vuelva a abrir la boca y diga algo que no deba, Lali se adelanta...

—¡Es que esta mañana ya han venido otros dos! Por eso no tienen más dinerito que darte. —Se explica lo más amable que puede, haciendo de tripas corazón.

—¡Qué explique tiene la niña! —Masculla Doña Carlota, que aunque parece que no se entera no se la va una.

—¿Pero qué es eso de que se los ha "llevao" la "poli"? —Dice el delincuente escamado.

—¡No la Poli hoy no se ha "llevao" nada! —Acordándose de la asistenta—. ¡Hoy no la tocaba trabajar!

—¡Qué leche me estás diciendo! —Mientras la zarandea—. ¡No me enredes! —Y la mira amenazante—. ¿Ha "estao" aquí la policía...? ¡Como me mientras...! —Haciendo ademán de atizar.

—¡Sí! ¡Es que por aquí hay muchos...! —Y Lali observa como el individuo se desvalentona—. ¡Vienen cada rato! Yo que tú me iba enseguida. ¡Yo ya se lo avisé a los otros, pero como a los peques nadie nos hace caso!

Los demás no comprenden de dónde saca Lali las fuerzas y el ingenio para enfrentarse al delincuente.

—¡Cuando menos te los esperas, vienen dos... o tres! ¡Hay días que vienen tres! —Ya más animada, viendo la cara de canguelo que se le está poniendo.

El tipo se va encogiendo al oír a Lali. Una cría sólo puede decir lo que ve. Las tías todas mienten cuando son grandes, pero ésta nó levanta dos palmos.

Ricardo sale en apoyo de la niña. ¡Si me deja salir del salón le traeré algo más que tengo en mi habitación! O mejor... ¡Usted puede venir conmigo! ¡Aquí, ya ve, sólo hay niños y ancianos!

El delincuente de pronto cambia de aptitud y entre lo nervioso que está, ante la posibilidad de que sea cierto que aparezca la policía y lo que le ronda por la cabeza, se vuelve aún más agresivo.

—¡Yo lo que usted quiera! —Dice Ricardo conciliador, que ha observado cómo ha empeorado la situación después de hablar él—. ¡Lo digo porque aquí no tengo más para darle! —Y señala el dinero que tiembla entre las manos del ladrón.

—¡Tú habla cuando yo te lo diga! Igual han cogido a los otros con la treta de ir arriba por más... ¿Eh...? ¿Te crees muy listo...? ¡Conmigo no te va a valer! ¿O acaso piensas tirar de teléfono? —Y a continuación arranca de cuajo el cable de la roseta, dejándoles incomunicados.

Lali, viendo el caríz que toma la situación, sale en ayuda de su padre.

—¡No! ¡Papá no estaba aquí cuando ellos llegaron! Papá vino de viaje.

El ladrón se vuelve hacia ella violento. Lali asustada a su pesar.

—¡Es la verdad! ¡Si quieres yo subo y te lo traigo de dónde diga papá! ¡Sólo queremos que te vayas...! ¿Verdad abuelo que sólo queremos que se vaya? —Y le tiembla un poquito la vocecita.

Todos están petrificados. Sólo Javi intenta dar un paso para acercarse a Saava y Olam, que parece empiezan a desperezarse.

Cuando el ladrón está decidido a dejar subir a la niña a por el resto de la pasta, se vuelve al oír la voz de Alicia cada vez más cerca.

—¿Qué pasa, es que nadie quiere pasta?

El hombre se oculta pegándose a la pared con el arma preparada. Antes con sus gestos, les ha intimidado para que no avisen a quien quiera que entre por la puerta.

Pero no es necesario. Nadie mueve un músculo. Todos desean fervientemente que Alicia dé la vuelta sin más y retorne a la cocina. Especialmente Lali que la adora. Claro que el mundo nunca funciona arreglo de nuestros deseos.

Alicia sin saber lo que le espera, entra decidida y nada más atravesada la puerta se arrepiente de ello. Una mano como un garfio, se le aferra a la garganta impidiéndola respirar al tiempo que siente la presión de algo frío entre sus costillas.

—¡No te muevas tía! —Dice el tipo excitadísimo.

—¡No te muevas mami! —Apostilla la niña—. ¡Si hace daño a mi

mamá, no le traeré lo que quiere de arriba! —Dice Lali al ladrón, y pone tal énfasis en sus palabras, que todos, incluido el malhechor, en su fuero interno admiran su entereza.

—¡Vamos! ¡Ya estás subiendo!

La niña escucha atentamente las explicaciones de su padre. En qué cajón de su mesilla se encuentra lo que ha de buscar, mientras su madre se estremece, pensando lo a gusto que estaba ella en la cocina, al tiempo que su familia, sus niños queridos, estaban siendo amenazados por este individuo repulsivo.

Lali corre, por no decir vuela, en dirección a la escalera. Sube una vez más los escalones, como ya ha hecho tantas veces a lo largo del día. Esta vez, si cabe, más excitada, pues se juega la vida de toda la familia. Por su edad no es totalmente consciente del significado de sus pensamientos, pero algo le dice a su tierno corazón, que ha de hacerlo bien, que no se puede equivocar o todo lo que ella ama se vendrá abajo.

Una vez en la alcoba busca en el cajón que papá le ha dicho. Hay muchos papeles pero ni rastro del dinero. Vuelve a mirar más despacio y nada, que no lo encuentra.

En un instante le viene a la mente, cuando por la mañana ella no deseaba que papá se fuese de casa y la jugarreta que le gastó con el Talismán, regalo de sus amigos. Es posible que las cosas se alterasen y cambiasen de lugar... Se va directa a la mesilla del lado donde duerme mamá y allí justo a la altura del cajón, que papá le ha indicado, encuentra un fajo de billetes. Los coge todos, pero cuando va a salir sus ojos se detienen en la figurita de San Nicolás de Bari, que reposa sobre la cómoda y recuerda que su abuela siempre le está diciendo lo milagroso que es. A oído infinidad de veces que cuando se le hace un ruego al santo, hay que estar dispuesta a entregar algo a cambio... Sólo duda un segundo... Coge de entre los billetes el que más bonito le parece, se aupa y lo pone entre la peana de San Nicolás y la cálida madera de la cómoda... Le mira amorosamente y sale de estampida.

Cuando llega al salón va sin aliento. Allí sigue todo igual. La esperanza de que haya mejorado algo se desvanece. El bruto sigue sujetado a mamá ante la impotencia de todos.

Lali, alarga su mano llena de billetes al intruso, que se las arrampla. Los mira con codicia al tiempo que sigue apuntando a todos, pero al alargar su sucia mano para cogerlos ha dejado suelta a la asustada Alicia. Al menos los billetes han servido para algo, piensa la pequeña.

Antes de que Lali subiera, justo en el momento en que arrancó del salón, sus amiguitos empezaron a dar señales de vida. Javi dio un paso para situarse algo más cerca de ellos, con intención de alertarles si tenía la ocasión. Ocultos por el mueble, que les protege, aún no han sido vistos. Cuando duermen su brillo se apaga y nada hace pensar al ladrón, que no se ha movido de la puerta, vigilando posibles entradas, como la de Alicia, que haya alguien más allí.

En este momento se ilumina tenuemente el lugar donde están. La luz va in crescendo lentamente, mientras dos vocecitas tiernas, en su argot especial, musitan palabras ininteligibles para el resto.

El delincuente asustado, desconcertado y en alerta máxima, pregunta al tiempo que dirige el arma en esa dirección.

—¿Qué está pasando...? ¿Qué es esa luz...? ¿Quién hay ahí detrás...?

Todos miran aterrados al ladrón, sobre todo Ricardo y Don Jacinto, sabedores de que el miedo a estos individuos les hace doblemente peligrosos. Lali, cuando él cauteloso, sólo da un paso, avanza y se pone delante.

—¡Espera! ¡No dispaes...! Son extraterrestres. ¡Son mis amigos! Ellos no te harán daño.

—¡Aparta! —Y la retira de un empujón. Lali da un traspiés y en ese instante, sucede lo inevitable, lo que todos temían pudiera pasar. El delincuente fuera de sí, por el propio miedo a lo desconocido, no espera a ver lo que hay detrás. Sus bajos instintos le impelen a destruir antes de ser destruido. Carente de principios, con una infancia dura, su único lema es la supervivencia.

Y dispara. Aprieta el gatillo una y otra vez enloquecido. Y cuando todos cierran los ojos esperando el tan temido final, una poderosísima luz, les hace mirar de nuevo en esa dirección. El impacto de las balas a sido parado por los cuerpos rutilantes y hermosos de dos seres mi-

lagrosamente surgidos de la nada. Los mismos que viera Alicia en su cocina, antes de la comida y que entonces creyera producto de su imaginación.

A una velocidad de vértigo, imposible para nuestros conocimientos, las manos de ambos se extienden hacia el asesino y éste desaparece fulminantemente. ¡Sin dejar el menor rastro!

Saava y Olam se abalanzan a los brazos de los poderosos visitantes y se acurrucan amorosos en su regazo. Las muestras de cariño son recíprocas. Desprenden ternura y sensibilidad. Después de intercambiar frases en su idioma, los pequeños con los ojos húmedos por la emoción, muestran sus amigos, a sus mayores en un gesto amplio.

—¡Amigos! —Dicen abarcando a todos cariñosamente. Después señalando a Lali, que avanza decidida a encontrarse con ellos.

—La-li, her-ma-na, —y se funden en un tierno abrazo.

La niña aún no ha asimilado los últimos segundos vividos. Cuando vió al delincuente apretar el gatillo, creyó que ya nunca más vería vivos a sus amiguitos. Cerró los ojos llena de impotencia mientras oía los disparos claramente. Su sorpresa, como la de todos, fue abrirlos y descubrir que se había obrado el milagro. Todos alcanzaron a ver cómo desaparecía el criminal, cómo se libraban de su odiosa presencia sin más... En un abrir y cerrar de ojos.

—¡Gracias San Nicolás! —Musita, sin que los demás sepan a qué viene eso. Pero los Seres Poderosos, sí lo saben... Por su materia gris más desarrollada que la humana, han captado todo lo llevado a cabo por este pequeño ser terraqueo, extraño y diferente en cuanto a su aspecto, pero íntegro y bello a los ojos del Universo.

—¡Tu Lali, estar muy cerca de nosotros! —Y sorprendentemente, sólo la niña capta el significado real de sus palabras.

—¿Qué ha sido del hombre? ¿Volverá a aparecer? —Pregunta la cría preocupada.

Todos, incluso Doña Carlota prestan atención a la respuesta.

—¡Sí! ¡Volverá a aparecer! Necesita otra oportunidad. El árbol si se quiere que mire recto a las estrellas, debe ser conducido desde que es una simple ramita. Pero a veces se abandonan a su suerte, las ramitas de la orilla.

Todos guardan silencio. Lali extasiada alarga sus manos hacia los padres de Olam y Saava, hasta rozar sus dedos luminosos.

—Cuando vosotros sepáis, sin que os conduzcan, que es más hermoso que el árbol crezca en todas direcciones, que no es necesario que mire sólo al cielo, mientras las estrellas se reflejen en sus hojas... Nuestras manos volverán a tocarse.

—¿Habláis como nosotros...? —Inquiere Lali.

—¡No! Aprendimos observándote. —Responden ambos

—¿Me estábais viendo? —Pregunta curiosa.

—Te estaba viendo nuestro corazón. —Responde uno, aunque los dos se llevan la mano al lado izquierdo del pecho.

Y Lali al fin hace la pregunta que le quema la boca.

—¿Os vais a llevar a Saava y Olam...?

—¡Debes entenderlo! No se deben podar las ramas de los árboles cuando no ha llegado el tiempo. —Y alarga sus dedos a la carita de la pequeña en suave caricia.

Lali mirando a sus amigos con los ojos húmedos.

—¡Me sentiré muy triste! —Y se abraza a ellos fuertemente.

—¡Nosotros haremos que la despedida no sea triste! La amistad debe producir alegría.

—¡Bueno! —Dice Alicia de pronto, como queriendo romper el hielo—. ¿Si quieren tomar algo...?

Y la voz fresca y mágica de los pequeños venidos de las estrellas, responden a una.

—¡Humm! ¡Natillas, natillas...! —Relamiéndose de antemano, mientras afirman con la cabeza graciosamente.

—¿Natillas...? —Pregunta el que parece ser el padre.

—¿Natillas...? —La que parece ser la madre.

—¡Ahmm aaquí! ¡Ahmm aquí! —Responden los pequeños en su idioma, con la carita que es todo un poema.

Se entabla una conversación entre los dos mayores, mientras todos están pendientes de ellos incluidos Saava y Olam y parece ser que al final los dos se ponen de acuerdo.

Unen sus manos en señal de plegaria y muy respetuosos...

—¡Sí, natillas por favor! —Al tiempo que inclinan sus cabezas.

Alicia vuelve a decir por tercera vez en las últimas horas...

—¡Estos son personas...! —Y lo va repitiendo a lo largo del pasillo mientras se aleja como una autómata, camino de la cocina.

La abuela se atreve a comentar...

—¡Vaya éxito con las natillas! —Dirigiéndose a Doña Carlota, al tiempo que hace cucos a los extraterrestres—. ¡Sería un negocio! ¡Con todos los que han venido! —Piensa en voz alta, mientras en su mente está viendo un local con un gran letrero: "Natillería".

Ricardo y el abuelo repuestos ya del asombro se acercan a ellos ya más relajados. Los pequeños Saava y Olam hacen mirar a sus padres el aparato televisor. Estos curiosos observan y tocan lo que para ellos es como un juguetito. Ricardo orgulloso de su estupendo mueble, presiona el botón y este comienza a funcionar. En ese momento hay un programa algo atrevido, una escena de cama y él a pesar del interés que todos parecen mostrar, inconscientemente cambia de canal.

La cierta mirada de contrariedad, se transforma en interés, cuando la locutora, que está dando las noticias, dice: —Como ya les dijimos en el parte anterior, esta mañana fueron detenidos dos individuos cuando estaban robando en un chalet de la Urbanización Florida.

Los apresados fueron dos, pero en este momento nos comunican, que misteriosamente y sin que aún se sepa como, cuando el policía ha hecho su turno, dentro de la celda, en lugar de dos individuos que aseguran haber encerrado, se encontraban tres.

El tercer individuo, entregó a la policía un montón de billetes que llevaba en sus bolsillos, asegurando, cosa extraña, que no quiere saber nada de extraterrestres.

Después de escuchar aténtamente la sorprendente noticia todos irrumpen en sonoras carcajadas, dando muestras de alegría.

El Ser de las Estrellas señala el televisor...

—¡El hombre ha aparecido! ¡Ahora está en su lugar! —Pero su tono no es sentencioso. Más bien diríase que compasivo e indulgente.

Al ratito la voz de Alicia se oye avisando...

—¡Todos al comedor! ¡Las natillas están servidas! —Y añade mientras se acerca—. ¡Qué raro! ¡Nada más volcarlas ya estaban frías!

—¡Es que se acaba el tiempo! —Dicen ellos, observando fijamente algo ovoide que surge de sus manos.

* * *

Cuando terminan de saborear el agradable postre, se percatan de que toda la familia, incluida Doña Carlota, están pendientes de sus menores gestos. Les hace gracia y a continuación exclaman complacidos los cuatro al mismo tiempo.

—¡¡Ahmm!! ¡Natillas, natillas! Mientras miran a la anfitriona.

—¡¡Ahmm aaquí!! ¡¡Ahmm aaquí!!

Vuelven a consultar el objeto ovoide que brota transparente iluminando sus dedos y dicen dirigiéndose a Lali especialmente.

—¡Nuestro tiempo, se va de tu tiempo! ¡Debemos partir!

Lali se abraza a Saava y Olam mientras a todos se les humedecen los ojos. Javi y Raúl emocionados no pueden reprimir una lágrima.

Ellos, posan sus manos tiernamente sobre la cabeza de la niña a modo de despedida y con un gesto de amor hacia todos, después de llevarse las manos al corazón, vuelven lentamente a proyectarlas hacia sus hermanos de la tierra.

Su última mirada es para Lali. Después la luz se hace más intensa y en un bello fulgor desaparecen. Casi simultáneamente se oye como si una ráfaga hubiese pasado por el salón y la cocina.

Todos corren hacia allí a ver que ha podido ser. El salón está todo en reposo, pero sobre el lugar donde estuvo sentada un rato antes la abuela, brilla incandescente el Talismán.

Lali lo toma emocionada. Lo mira como sin dar crédito. Dos lágrimas corren por sus mejillas cuando dice:

—¡Mami, mami! ¡Me han regalado el Talismán!

Corre hacia la ventana, mira al cielo buscando una estrella y mientras se seca los ojos, musita:

—¡Gracias!

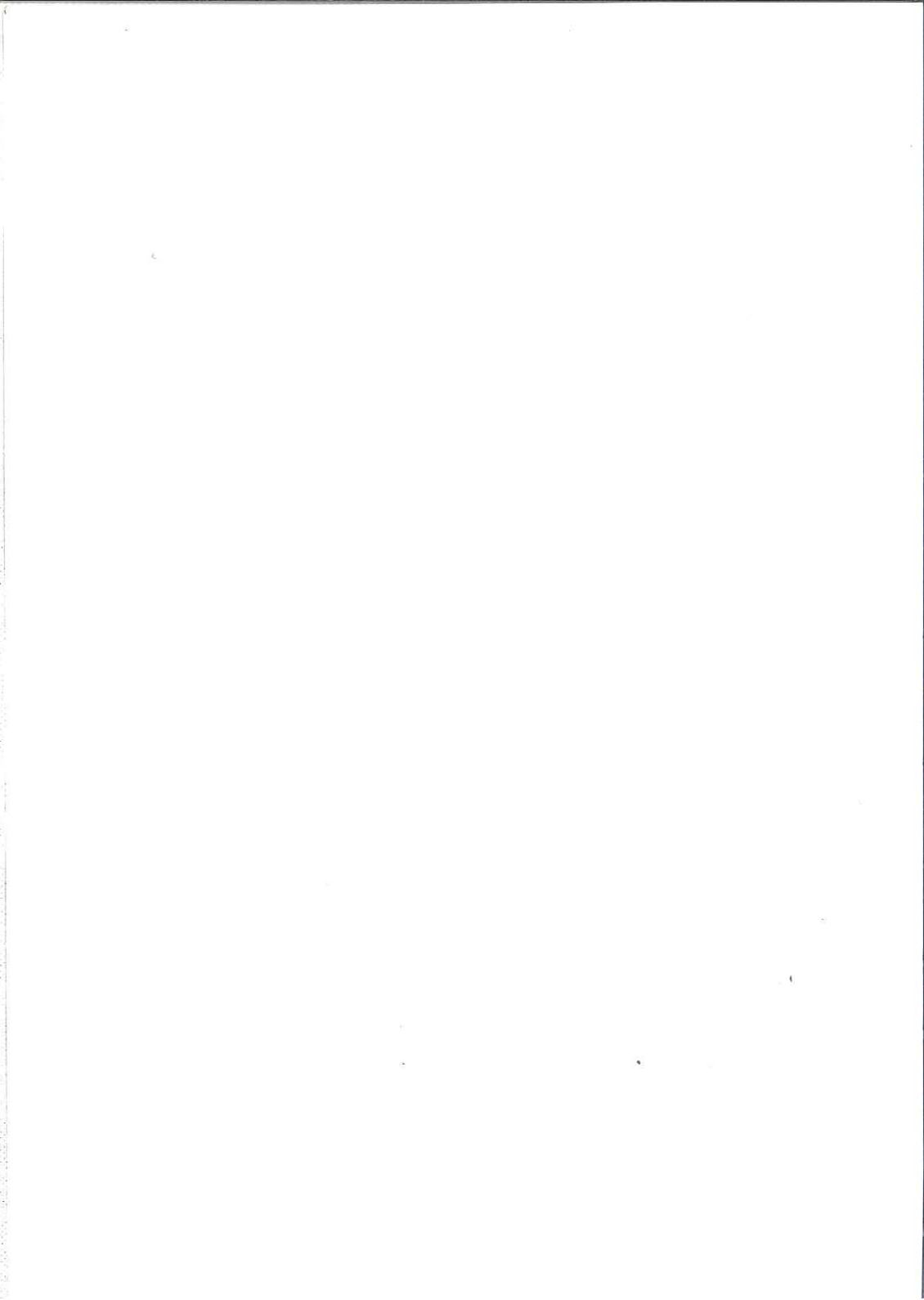
Después van todos a la cocina. Al entrar ven sobre la encimera, el recetario de postres abierto por la página treinta y tres. Claramente se ve que ha sido arrancada una hoja.

Alicia riendo dice:

—¡Se han llevado la receta de las natillas!

Esto no sorprende a nadie pero se parten de risa.

FIN





Pilar viene al mundo en el Ayuntamiento de Talavera de la Reina en el año 1940. Sus juegos fueron siempre, escribir, dibujar e interpretar. A la edad de doce años comienza a hacer teatro. A los dieciseis ingresa en el grupo teatral "El Candil", intepretando con éxito a clásicos como Molier, Chejoj, Cervantes, así como a Pirandello, Jean Genet, etc. etc... ganando varios Quijotes de Oro a la mejor Agrupación teatral de España. Viaja en dos ocasiones a Alemania, primero a Bremen y por segunda vez a Könl. Allí forma una compañía de teatro que dirige e interpreta. Contratada por Von Bismart, trabaja dos años de locutora en la Deuche Welle. Gana el segundo premio de la Fotokina. De regreso a España se instala en Madrid. Hace teatro, cine, cortos y exposiciones de pintura. Recientemente ha sido galardonada con la medalla de oro a la pintura. Recita en El Ateneo entre otros lugares, porque jamás dejó de escribir. Tiene cientos de letras de canciones, relatos cortos, cuentos, obras de teatro infantil, etc. etc....

Es una trabajadora incansable.

Es autodidacta en todo.

Se expresa a su manera con sencillez y humanidad.

ISBN: 84-95489-20-1



